PASTORAL

DEL

EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO

SOBRE

la vida de la Iglesia y la época contemporánea

CON OCASIÓN DE LA SANTA CUARESMA

MONTEVIDEO
TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ
Calle Buenos Aires esquina Misiones
1904

Sumario: En la actual persecución de la Iglesia es injustificable el aminalamiento de los católicos. — Demostración històrica de la certidumbre del triunfo de la Iglesia.—La época contemporánea no es la peor.—Los caracteres de la vina inmortal de la Iglesia.—Resurgimiento de la misma segun los espíritus y publicistas màs distinguidos.—Es necesario amar á su país y á su época, en sus ideas, personas y cosas.—Los católicos deben ser verdaderos demòcratas y aliados de los liberales sinceros contra el jacobinismo.—La esperanza del triunfo: el comiennzo de un nuevo mundo.

«Tengo una admiración profunda, decía Tocqueville, mas grande de lo que pudiera manifestarlo, por esa admirable institución, la más grande que existe en la historia, que se llama la Iglesia católica;» pero el ilustre publicista debía saber que la marcha magestuosa y serena de la Iglesia al través de los siglos, venciendo y superando toda clase de dificultades, no tiene otra explicación que esta solemne promesa de su divino Fundador: «Hé aquí que yo estaré con vosotros siempre, todos los días, hasta el fin de los tiempos.»

Pero, si esto explica la perenne grandeza y soberana esperanza de la Iglesia en su vida militante, nada más

hermoso y consolador que esta otra palabra de Cristo á sus discípulos aterrorizados en lo más fuerte de la tempestad: *No temais: yo estoy con vosotros* (Joan. VI. 20). Y queremos recordarla, porque nada más oportuno para unos tiempos en que los enemigos de la Iglesia adunan sus esfuerzos contra ella con un encarnizamiento tan poco generoso, como intolerante y antipático; pues es el caso, y ha llegado la hora de ver, que los mismos sultanes de Fez y de Stambul tratan con mas generosidad y tolerancia á la Iglesia católica.

Por eso, en presencia del furioso huracán desencadenado contra la religión, creemos que debe ser muy eficaz y consolador recordar la gloriosa y triunfante historia del pasado, y los caracteres de la vida inmortal de la Iglesia, para orientar la conducta de los católicos ante la situación religiosa de nuestros tiempos.

La persecución declarada en muchas partes, y las fatídicas amenazas en otras, así como la odiosa actitud del anticlericalismo en todas, han producido el descorazonamiento en muchos católicos, que llegan á amilanarse, víctimas de una cobardía inexplicable é injustificable; ya que Jesucristo tuvo el cuidado de advertir que los discípulos no serían mejor tratados que el Maestro: «Si el mundo os odia, sabed que me han odiado á mí

antes que á vosotros». (Joan. XV. 18.) ¿Porqué, pues, extrañar que se cumpla la previsión amorosa del Maestro? ¿No es más bien esto una señal de que somos los verdaderos discípulos de Cristo?

*
* *

Un día, al principio de su apostolado, según el testimonio de una tradición célebre, Pedro se sintió acobardado, víctima de un gran descorazonamiento. Y no era para menos; la persecución de Nerón continuaba tan horrible y feroz, que desafiaba todas las crueldades y persecuciones del porvenir: se arrojaban los cristianos al circo en tropel para ser presa de fieras famélicas; se les ungía con pez para prenderles fuego, á manera de antorchas, con que se iluminaban los jardines públicos. Una multitud innumerable había perecido de este modo, quedando apenas algunos ancianos incapaces de soportar las fatigas del apostolado, así como algunas pobres mujeres, á quienes los verdugos creían exterminar fácilmente, y tiernos niños, de cuya memoria se perdería muy pronto el recuerdo de las enseñanzas divinas. Todo, pues, parecía perdido.

Entonces el apóstol, sin apoyo, débil, adelantado en años, viendo lo que se

había hecho y lo que se meditaba hacer para exterminar á los cristianos, sintióse presa del más grande desfallecimiento. Seguido de un solo compañero, y muy de mañana, abandona á Roma, como á escondidas, y emprende el camino de la Campania.

Mas, apenas había pasado las puertas de la ciudad, vió de súbito una especie de resplandor, que se dirigía hácia él, y en el que, por una luz celestial, reconoció la presencia de Jesús.

Ante este espectáculo, lleno de estupor, se postra con las manos extendidas y la frente contra el suelo, como si besase unos piés invisibles. Después, con voz conmovida, pregunta el anciano: *¿Quo vadis, Domine?* Maestro, ¿á donde vas? — «Puesto que tú abandonas la lucha, respondió tristemente Jesús, voy á Roma, para ser crucificado de nuevo».

Aterrado y confundido el anciano apóstol, se levanta; vuelve á tomar en sus manos temblorosas el cayado de peregrino, y sin decir palabra, se vuelve en dirección á las siete colinas. Entra de nuevo á Roma, lleno de tanto valor y heroismo que, condenado mas tarde al suplicio de la cruz, no pidió á los verdugos sino la gracia de ser crucificado cabeza abajo, no considerándose digno de morir como Jesús. (1)

1—Sienkiewicz. *Quo vadis.*

Pues bien; el mundo quedó asombrado al ver resurgir la Iglesia de tan cruel y sangrienta prueba: era la señal de los triunfos futuros; y desde entonces la Iglesia ha superado y vencido todos los obstáculos y todas las persecuciones durante diecinueve siglos; de manera que esta hermosa lección debería servir á sus enemigos para no intentar medirse neciamente con tan admirable institución; así como á sus adeptos para no temblar ni temer por su suerte.

Pero sea como fuere, nos encontramos, en verdad, en una de esas horas oscuras y dolorosas: una tentación de desaliento asalta á los mejores espíritus, y muchos bautizados, sin tener las mismas excusas que San Pedro, tienen los mismos sentimientos de turbación y desmayo. Los adversarios, en tono triunfante, dicen bien alto que la religión está vencida, que está en derrota, y que se espera de un momento á otro poder pronunciar sobre ella la palabra del antiguo lictor sobre el gladiador ya muerto: *Actum est:* se acabó!

Y aunque este pronóstico de muerte se haya hecho y frustado por la millonésima vez; ¡cuántos católicos pusilánimes son víctimas del mas profundo desaliento! Pierden de vista la naturaleza de su fé y de sus destinos invencibles, para no ver más que las dificultades y pre-

juicios de la hora presente. Sin esperanzas, por tanto, y sin coraje, abandonan la lucha y se retiran á las tiendas del silencio egoista, de la abstención y de la vida tranquila del hogar; emprendiendo la huida hácia los campos apacibles de no sabemos qué Campania, quejumbrosos y descorazonados, hasta que lleguen á encontrarse con la visión de Cristo entristecido y severo, en el fondo de la conciencia.

Sin disminuir el mal, que es grande, ni los peligros, que van en aumento, deseamos oponer un desmentido, fundado en razones y en hechos, á los que se vanaglorian de haber anonadado el catolicismo, y al mismo tiempo comunicar la esperanza y el valor á los luchadores abatidos.

El descorazonamiento, que, en la vida pública, como el suicidio en la vida privada, no es más que una de las formas de la cobardía humana, es siempre reprensible; y cuando se trata de la defensa de la Iglesia, es doblemente culpable. Jesucristo lo reprueba; las lecciones del pasado lo condenan, y los espectáculos del presente lo hacen aparecer irracional é injustificable. Y sobre todo, la injusticia de la persecución de parte de los adversarios dan la certeza del triunfo; porque la injusticia no puede constituirse en ley soberana de los destinos de ninguna institución ó sociedad.

El deber, pues, de los católicos no es lamentarse de las tribulaciones presentes, instinto azás vulgar; ni esperar la salvación por un milagro, expediente asaz cómodo para los que nada quieren merecer; sino persistir generosos en su puesto de combate con una confianza inquebrantable en el porvenir de la Iglesia, y de servir hasta el fin, sin desfallecimientos, una causa que no puede ser perdida.

I

Y desde luego, el descorazonamiento en los católicos no sería solamente una debilidad culpable, por atestiguar el olvido ó la ininteligencia de las promesas divinas, sino que es una inconsecuencia y hasta una insensatez, puesto que saben á ciencia cierta que la causa de su fé es una causa imperecedera.

En efecto; no son afirmaciones cualesquiera, de una autoridad discutible, ni de una eficacia dudosa, las afirmaciones tantas veces salidas de los labios de Jesucristo, y que han sostenido á nuestros mayores en la fé, animado su esperanza y alentado sus corazones en las horas más siniestras.

El libre pensamiento, es posible que no quiera ver en ellas más que la palabra de un hombre; más, para los cató-

licos es la palabra de un Dios, que no engaña. Y aunque así no fuera, el puntual cumplimiento de estos oráculos, que ha constituído por sí solo toda la historia del cristianismo, bastarían para convertirlo en un dogma histórico.

Y en verdad que la actitud de los enemigos de la Iglesia semeja un juego de niños. Hace diecinueve siglos que nos dicen y repiten: mirad que os vamos á anonadar; mirad que vuestra Iglesia tambalea y se muere, ni habrá ya más cristianos: y estas amenazas las han hecho en nombre del poder cesareo ó de las ideas ó del progreso. Mas esas maldiciones y amenazas nunca acaban de cumplirse, ni amedrentan á la Iglesia, que continúa impávida, recordando las palabras de su Fundador: «En el mundo sufriréis persecuciones; pero no temáis, porque yo he vencido al mundo». Lo ha vencido quitándole el poder, no de perseguir á la Iglesia, porque no le ha retirado la libertad, sino el de acabar con ella é impedir que se extienda hasta el fin de los siglos.

Y sin embargo, los enemigos persisten en sus amenazas fatídicas. Pero ¿es esto racional? El veredicto ó juicio de la historia no puede estar en favor de una amenaza repetida, pero frustada, durante diecinueve siglos; sino en favor de una promesa cumplida sin excepción durante esas diecinueve centurias. Y, ¿podrá decirse que es mera arrogancia de la Iglesia invocar una promesa indefectiblemente verificada y realizada? Indudablemente que nó. Es mas bien en los enemigos una vana é insensata arrogancia reiterar una amenaza y un pronóstico que jamás se ha cumplido. Mentis, os dirá la historia, cada vez que lo formuleis, porque bien sabéis que no se cumple.

Pero los creyentes, además del veredicto de la historia, tenemos la palabra de Jesucristo, y fundados en ella debemos ser inconmovibles.

No es un hombre, un sabio, un político, un conquistador, un hombre, en fin; es Dios quien nos ha dicho: «Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». Sí; estaré con vosotros para poner en vuestra debilidad nativa una fuerza invencible; estaré con vosotros para serviros de escudo contra todas las tentativas de los poderosos; estaré con vosotros para inocular en vuestra vida, en apariencia tan frágil y caduca, un gérmen de inmortalidad y de energía incontrastables.

No es un hombre, un sabio, un político, un conquistador, sino Dios, quien ha dicho: «Tú eres Pedro, y sobre tí edificaré mi Iglesia; y las potestades del averno no prevalecerán *jamás* contra ella».

No es un hombre, un poderoso de este mundo, un hábil, un sabio; es Dios quien nos ha mostrado á la Iglesia bajo la figura de una barquilla, que las olas enfurecidas conducen á la playa en vez de sumergirla.

Recordad, si nó, este episodio evangélico. Después de un día de laborioso apostolado sobre las márgenes del mar Tiberiades, sube Jesús á una barca para hacer la travesía con otras navecillas y otros pásajeros. Colócase sobre la popa de la embarcación, y se duerme profundamente. Después de algún tiempo de fácil navegación, la flotilla es asaltada repentinamente por una furiosa tempestad; los discípulos temen, pierden la serenidad, y muy pronto, no pudiendo mas, llaman al Maestro dormido: «¡Sálvanos, Señor, que perecemos!» Jesús se levanta; con ademán magestuoso y una autoridad soberana, impone á la tempestad, y al momento sucede la calma; el mar depone su cólera, y se postra sonriente y dócil á los piés del Maestro, salvándose la barca y sus tripulantes.

Pues bien; todos los siglos han visto, y nosotros debemos ver también la imágen de la Iglesia en esta barquilla que las olas no pueden sumergir, porque Jesús está en ella. Hoy, como ayer, y como siempre, á pesar de las perplegi-

dades y de los temores instintivos, que nos hacen exclamar á nosotros también, en médio de la tormenta: «Señor, perecemos!» Jesús está á nuestro lado, y debemos creer que el socorro oportuno, que jamás faltó á la Iglesia, no nos faltará tampoco en la hora presente.

A la tormenta deshecha sucederá una paz radiosa; pues, aun prescindiendo del auxilio divino, vendrá en su ayuda la opinón ilustrada, cuando los poderes póblicos, libres de prejuicios sectarios, comprendan que no pueden prescindir de la religión para el gobierno y felicidad de las naciones; que no tienen que temer de su parte usurpaciones de poder; que ella es el apoyo, no la adversaria de la libertad de los pueblos y de la autoridad de los gobiernos; cuando sus enemigos, superando inveterados sofismas, lleguen á ver con evidencia que, si entre la Iglesia y la ciencia pueden existir malentendidos, no puede haber verdadero conflicto; cuando vean con evidencia que el Evangelio es el gérmen de todos los mejoramientos sociales, y la carta magna de todas las franquicias y libertades legítimas de la humanidad; y en verdad, que tales prejuicios son cada vez mas insostenibles ante la historia de la civilización, las conquistas de la ciencia y la filosofía de la historia.

Y sobre todo, no temamos: pues, por furiosa que sea la tempestad, la barquilla no puede naufragar: en el momento preciso, el piloto divino, que parece dormido, se despertará; con la voz poderosa, que dominó las antiguas tempestades, aplacará las presentes, como debe aplacar, hasta el último día de los siglos más apartados, las futuras tempestades, porque así lo ha prometido; y ya estamos acostumbrados á ver que su palabra no falta jamás.

***

Pero el divino Redentor, no solo ha prometido á su Iglesia su asistencia perenne, sino que ha anunciado de antemano á sus discípulos que serán odiados y perseguidos, á fin de que no los sorprendiera, con la persecución, el desaliento:

«Sabed que os odiarán por causa de mi nombre.» (1) ¿Cómo, pues, extrañar el odio sectario de que son víctima los verdaderos discípulos de Jesús?

Y hé aquí explicado ese gran enígma para los que no saben explicarse cómo, á pesar de tantos beneficios hechos á la sociedad, es tan odiada la santa Iglesia.

Pero al mismo tiempo pronosticó el

1—*Et eritis odio omnibus propter nomen meum.*

Salvador la compensación que legaba á los fieles injustamente odiados.

«Dichosos sereis cuando lleguen á odiaros los hombres, y cuando os repelan y reprobaren, y arrojen vuestro nombre como maldecido por causa del Hijo del hombre. Alegraos entonces y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en el cielo.» (Luc. VI.) (1).

¿No es verdad, católicos, que en ciertas épocas críticas llega ese día anunciado por Jesús en que, no solo nos odian los hombres llenos de prejuicios, y maldicen el nombre católico y abominan sus obras y expulsan á sus mejores hijos? Pues bien, entonces serémos dichosos, nos dice Jesús; y en vez de acobardarnos, debemos alegrarnos y regocijarnos, no solo por el premio que merecerémos, sufriendo por el nombre de Jesús, sino porque es señal de que efectivamente somos discípulos del Redentor.

En otra ocasión nos dice:

«En verdad os digo: vosotros gemireis y llorareis, mientras el mundo se alegrará: vosotros sereis contristados;

1—*Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos et exprobraverint et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die.*

pero vuestra tristeza se convertirá en alegria.» (Joan. XVI.) (1)

En efecto, ¿quién no ha visto, por la historia al menos, cómo llegan esas horas de amargura y de llanto por los males que causan à la sociedad los perseguidores de la Iglesia, y que tanta turbación y lágrimas causan á los fieles, mientras el mundo réprobo se alegra y aplaude? Y sin embargo, esa tristeza se convierte en alegría por el triunfo de la Iglesia, ya que el Señor sabe convertir la persecución en gérmen de grandes bienes para su santa causa.

Y como para que no nos podamos olvidar de estas divinas promesas, el Salvador las reitera amorosamente. Así nos vuelve á decir:

«Dichosos sois cuando os maldijeren y os persiguieren, y dijeren toda clase de mal contra vosotros mintiendo por causa de mi; gozaos y alegraos, porque abundante será vuestro premio en los cielos.» (Mat. V.) (2).

1—*Amen amen, dico vobis; quia plorabitis et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos vero contristabimini; sed tristitia vestra convertetur in gaudium.*

2—*Beati estis cum maledicerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum advesrum vos mentientes, propter me; gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in coelis.*

Y ¿no es verdad que todo esto se verifica al pié de la letra: que nos maldicen, nos persiguen, y con mentiras y calumnias nos achacan toda clase de males? Pero, cómo ha de ser! tengamos paciencia: ya estaba anunciado. ¿Desconsolarnos? No; antes bien, debe ser causa de gozo y alegria y de considerarnos dichosos y dignos de abundante recompensa, como reiteradamente nos lo recuerda el divino Redentor.

Por fin, qué consoladora es esta predicción de Jesús! En el mundo sufrireis angustias y trabajos; pero no os acobardeis, porque combatis contra un mundo que yo he vencido.» (Joan. XVI, 33). (1)

Y sin embargo, á pesar de tan claras y reiteradas advertencias del Salvador, extrañamos esos odios inveterados y esas persecuciones injustificables de que son víctima la Iglesia, sus instituciones y sus hijos. Pues bien; ni debemos sorprendernos, ni debemos amilanarnos: nuestra tristeza se convertirá en alegría y la persecución en victoria. ¡Cuánto se calumnia y se odia á la Iglesia y á sus ministros! Los cobardes se amilanan y desfallecen, porque no recuerdan y se olvidan de la palabra de Cristo que nos dice: en ese día, en esas

1—*In mundo presuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum.*

horas tristes, en medio de esa algazara del enemigo, *alegraros y regocijaos.*

Gracias, Señor, porque así habeis prevenido nuestro desaliento y confortado nuestra debilidad; y sobre todo, porque habeis convertido en señal de triunfo la misma persecución. Y ¿no es verdad que tan evidente es la injusticia de los enemigos de la Iglesia, que los mismos liberales sinceros abominan esos desmanes brutales del anticlericalismo, y hasta se consideran avergonzados, al ver que así se abusa del nombre sagrado de libertad y civilización?

*
* *

Pero, hay mas; las lecciones que se desprenden de un pasado de dos mil años dan á las promesas de Jesús un comentario decisivo, capaz de convencer á los más pesimistas que el amilanamiento en la defensa de los intereses religiosos, es un sentimiento irracional, y no justificado.

Culpa nuestra es no ver de qué condición somos, y querer ser desde ya miembros de la Iglesia triunfante, mientras en este mundo pertenecemos á la Iglesia militante: su misión es combatir y su condición la de sufrir; pero su destino es el de vencer, á pesar de todos los

pronósticos y apariencias en contrario; de vencer al mal por el bien, beneficiando á sus mismos perseguidores; pues ya tendremos ocosión de recordaros cómo Jesucristo nos manda amar á nuestros mismos enemigos.

Sí; el destino de la Iglesia es vencer á sus perseguidores: casi no pueden contarse ya los triunfadores efímeros que predijeron la muerte y los funerales de la Iglesia, la misma víspera de sus resurgimientos más gloriosos. Ya en el siglo III Lactancio escribía un tratado sobre el fin trágico de los perseguidores y el fracaso de sus pretenciones; libro que podemos completar, pues que cada siglo añade páginas inmortales y registra los acontecimientos que añaden nuevos desmentidos á los que han proferido contra la Iglesia esta profecía: *¡se acabó! ¡actum est!*

En los dias de Pilatos, cuando después de crucificado, se colocó á Cristo en el sepulcro y se selló la piedra con el sello del Estado, se creía y se dijo que todo había acabado.

En tiempo de las persecuciones, las más crueles y cruentas, durante casi tres siglos contínuos, cuando la espada se embotaba por degollar tantos cristianos, y un emperador romano hacía erigir una columna triunfal «por haber exterminado el nombre cristiano,»

ya que tal había sido el cruel exterminio de fieles; entonces, con alguna mayor razón, se creía y se dijo: todo está acabado; no habrá más cristianos.

Después de las herejías de Arrio y de Focio, cuando la túnica inconsútil de Cristo se había hecho girones, y el mundo, en un momento de sorpresa, se asombró de contemplarse arriano, también se creía y se decía que la Iglesia católica había acabado.

Y san Agustín, sin espantarse ante el anuncio de este sepelio prematuro de la Iglesia, respondía desde entonces: (y hacen ya 15 siglos!) « Dicen que la Iglesia va á desaparacer; y mientras permanece siempre de pié, ellos son los que desaparecen.» Es pues, semejante amenaza, asaz añeja, y ha perdido todo valor, para que pueda repetirse en serio.

Si no vemos con claridad que la Iglesia es indestructible y que su porvenir está asegurado, cualesquiera que sean las dificultades del presente, es porque somos víctimas de una miopía histórica, que nos impide penetrar con serena mirada el pasado, y que limita nuestro horizonte á un solo punto de la duración, á aquel en que nos encontramos.

A aquellos á quienes la miopía engaña y extravía el juicio, les preguntamos ¿cuál es el siglo, sin hablar de los

más remotos, y cuyas lecciones acabamos de resumir, ¿cuál es el siglo en que la Iglesia no haya tenido que sufrir atentados semejantes á los modernos, y en que sus derrotas aparentes no hayan ido à terminar en incomparables triunfos?

Las persecuciones sangrientas de sus orígenes, los cismas y las heregías que les siguieron, las violencias de la barbarie en las edades tenebrosas, no le impidieron extender su dominio, ni conquistar y civilizar los pueblos, pues al decir de un gran historiador, Niebhur, los destinos de la civilización han bogado siempre con la barca de Pedro.

Y en verdad, ni la corrupción inaudita de la sociedad en los siglos X y XI, ni las brutalidades de la fuerza y las audacias de la impiedad y del mal, le impidieron salvar esa misma sociedad y cubrir la Europa con la civilización expléndida de los siglos XII y XIII.

Cien años mas tarde, ¿no hubiesen tenido los fieles el mas vehemente pretexto para lanzar un grito de desesperación, sino hubiesen tenido confianza en la palabra de Jesucristo? ¡Qué espectaculo! La cristiandad dividida en faciones enemigas, la autoridad despreciada, sin saber los fieles á quien debían obedecer. En Francia, en Alemania, en Italia, corrían errores sociales peores que los de nuestros tiem-

pos, y sus innumerables adeptos, ávidos de desórdenes y de trastornos revolucionarios, desolaban las más florecientes comarcas. Las intromisiones de los gobiernos habían puesto las dignidades eclesiásticas á disposición del mejor postor; y por tanto, la simonia, y la inmoralidad, eran colocadas muchas veces en las gradas mas elevadas del altar; las piedras del santuario eran indignamente arrojadas en el lodo de los caminos, mientras se veían pulular crímenes sin nombre y correr ríos de sangre. Pero la Iglesia sale triunfante de tantos males y pruebas, y salva la sociedad.

Si descendemos la serie de las edades, vemos á la Iglesia que además de haber sido desgarrada por el gran cisma de Occidente, que se perpetúa, lo es también por la guerra de cien años. En el siglo XVI se presenta el Renacimiento con su paganismo en las ideas, las costumbres y las creencias; la pretendida Reforma protestante, que con sus divisiones irremediables lleva los pueblos á dos pasos de la apostasía, y engendra las guerras de religión, que dividen el mundo en dos ejércitos enemigos, siempre prontos para atacarse, y cuyos odios furibundos ensangrientan las naciones. Mas la Iglesia vence gloriosa tan terrible prueba.

En el siglo XVII, si existieron clarida-

des y horas de calma y de paz; sin embargo el jansenismo y el galicanismo se dan la mano para ahogar la ortodoxia y para arrastrar la Iglesia al cisma. Luis XIV aunque se llama el rey cristianísimo, toma para con el Papa actitudes de sultán; se arroga el derecho de detener en la frontera de sus Estados las enseñanzas pontificias, que le disgustan, y afecta tratar á la Iglesia como á su Parlamento, á quien dice arrogante: «*El Estado soy Yo.*» Mas la Iglesia, todo lo supera y vence impávida.

Del siglo XVIII nada diremos: entonces no existía en la sociedad una voz para responder á los gemidos de Cristo ultrajado; y los sofistas, ayudados más tarde por los verdugos, cavaban la fosa y preparaban la mortaja para el sepelio del catolicismo: «No se dirá, exclamaba Voltaire, seguro de su golpe, que seis hombres de talento (los enciclopedistas) no destruirán lo que doce faquines (los apóstoles) edificaron.»

Y en verdad; parecía que todo se iba á acabar: la Iglesia, ni siquiera podía gemir, sino en el silencio, en el destierro ó en la guillotina; y la incredulidad filosofista había entonado el *deprofundis* al catolicismo, y cantado su reinado definitivo: *los dioses se fueron,* esto es, la Iglesia acabó». No digamos, pues, que nuestra época es la peor de todas, y

que nunca la Iglesia se ha encontrado en peores condiciones.

Pero vosotros sabeis, y toda la tierra sabe de qué manera terrible é inesperada respondió Dios muy pronto á aquel desafío del anticlericalismo revolucionario: quedó exterminado por la misma guillotina que había inventado para acabar con la Iglesia.

***

Pero á medida que nos acercamos á nuestros tiempos, parece que los acontecimientos se hacen más instructivos para hacer resaltar con una luz más victoriosa nuestro pesimismo y descorazonamiento injustificados é injustificables.

¿En dónde estaban los católicos hace poco más de un siglo, á principios de 1800? No había Papa; Pío VI había muerto en Valencia de Francia, cautivo y desterrado; la incredulidad triunfante había declarado que sería el último Papa, como en Roma se había proclamado la caducidad del pontificado; y la Universidad de París invitaba al mundo entero á asistir á «los funerales de un gran culto».

Y ya que hoy la Francia se vé dominada y subyugada por el gobierno mas anticlerical, veamos cual era entonces su situación. El episcopado entero en

el destierro; el clero diezmado por la guillotina y la deportación; los fieles, de mucho tiempo atrás molestados, perseguidos, obligados á escoger entre la apostasía ó la muerte, comenzaban apenas á respirar y gozar de la tolerancia del menosprecio; la religión carecia de todo recurso político y material, y el patrimonio de la Iglesia, formado por las donaciones libres de cuarenta generaciones, usurpado; las órdenes religiosas, después de mil años de inmensos beneficios, pues habían salvado á la sociedad de la barbarie, perseguidas y anonadadas; ni un solo religioso quedó en el territorio francés; mas de tres mil monasterios de ambos sexos fueron abolidos, y con ellos, todos los colegios, todos los capítulos, todos los santuarios, todos los asilos de la inocencia, de la vida retirada, del estudio y de la oración. La legislación, las costumbres, la educación, fueron sometidas á las teorías del racionalismo mas descreido, y Dios arrojado de todas partes, porque esta es siempre la última consecuencia de la persecución á la Iglesia, ya que nadie como ella sabe adorar á Dios, al decir de Proudhome; y cuando la incredulidad pretende triunfar, es á la Iglesia á quien dirige sus tiros preferentes, porque sabe que es *la más religiosa de las religiones*, como confiesa Renán.

En fin, para completo escarnio de la humanidad se rindió adoración en Nuestra Señora de París á una prostituta á título de *diosa-razón*; escándalo inaudito, que sirvió de barómetro para medir la degradación de los enemigos de la Iglesia, y para justificar que sin religión un pueblo se hace feroz, ingobernable y corrompido.

Y esta situación lamentable se mantuvo tan radical, aún muchos años después, que el encontrar un estudiante ó un obrero en una iglesia producía la misma sorpresa que la visita de un viajero cristiano en una mesquita de Oriente. ¿Qué más? Los diarios llegaron hasta acusar al gobierno de tender ¡al misticismo! porque en un discurso, en la apertura de las Cámaras, pronunció la palabra Providencia.

Esta vez si, que podía asegurarse que todo había acabado. Curioso sería coleccionar todos los discursos, folletos, libros, panfletos, y diarios en que los hombres más considerables del anticlericalismo de aquella época anunciaban con gran alarde y arrogancia profética la desaparición del catolicismo; al mismo tiempo que hacían saber al mundo que la ciencia iba á reemplazar á la religión para siempre en el seno de los pueblos civilizados; pues tan ciegos estaban que no reparaban

que la religión y la ciencia tienen cada una su objeto y misión propias é irreemplazables.

Y sin embargo, algunos años más tarde, un renacimiento inesperado y maravilloso se había operado. Nada, ó casi nada, quedaba de la impopularidad formidable bajo la que el clero y la religión habían sucumbido; ni de las diatribas, tan fáciles como soeces, contra los sacerdotes y monjes, con las que los doctores de ocasión habían encontrado un recurso fácil para conseguir honores, fortuna y puestos públicos.

En efecto; á la persecución sucedieron las simpatías; la Iglesia aparecía más fuerte, más amada, más popular que nunca; sus templos se volvieron á abrir; las turbas, por mucho tiempo privadas de todo culto, volvían con júbilo á sus solemnidades; y los sacerdotes se dedicaban con más energía y celo á reparar las ruinas que se creían irreparables. Los poderes públicos les prodigaban testimonios de confianza y de respeto, invocaban su apoyo moral, y los libertaban de tantas trabas del antiguo régimen Todas las libertades renacían con la vuelta de la Iglesia católica, y de todas sus instituciones religiosas, piadosas, caritativas y de enseñanza, y hasta los calumniados jesuitas reabrían sus numerosos estable-

cimientos. Lacordaire, con su hábito religioso, reaparecía en el púlpito de Nuestra Señora, cuyos muros hubieran debido ensancharse para contener la muchedumbre, y allí exclamaba: «*Señores: Yo soy una libertad.*» (1)

En fin; se había dicho, se había repetido lo que todavía se dice por gentes que ignoran la historia: «Para el mundo la Iglesia ha muerto.»

Y hé aquí que este muerto levanta bruscamente la piedra de su sepulcro, y se yergue con toda su grandeza ante los adversarios sorprendidos y aterrados. Y esto ha sucedido en las diversas y múltiples etapas de su existencia en las luchas victoriosas que se ha visto obligada á sostener por la maldad de los tiempos.

Ahora bien; ante serie semejante de hechos seculares ¿por qué la historia de ayer no volverá á ser la historia

1—Es el mismo Lacordaire el autor de esta consideración y verdad histórica: «Se acusa á la Iglesia, esto es, á la verdad, de que es intolerante, y se habla de la tolerancia como de un patrimonio del error; pero si hay algún dogma histórico es que el error es perseguidor implacable, atroz, y esto siempre que puede y hasta el grado que pueda. El combate del error y de la verdad es siempre el de Caín y Abel; Caín no cesa de decir á su hermano: ven, descendamos juntos al campo de la libertad..... pero es para asesinarlo allí á traición.» Así el anticlericalismo moderno, proclama la libertad de conciencia, de enseñanza y de asociación; pero es para perseguir á la Iglesia con la laicización y abolición de las asociaciones religiosas. Y ¿no es la historia de la intolerancia contra la Iglesia la que acabamos de exponer á grandes rasgos en la serie de persecuciones sufridas al través de los siglos? La Iglesia es perpetua víctima de la intolerancia de sus adversarios.

de mañana y de siempre? Si; católicos, así sucederá, y así debéis creerlo, si consideráis de qué promesas sois hijos. Si la incredulidad, no las acepta ¿qué os importa? Las cóleras injustificadas no pueden durar mucho tiempo, pues pasan como las nubes que hacen sombra al sol. Lo que no pasa y sobrevive á todo es la justicia, el derecho y la libertad, aunque antes tengan que pasar por las pruebas del martirio. Las causas justas, además de contar con el auxilio de Dios, consiguen su triunfo con el simple buen sentido, ese reparador universal, inmortal sobreviviente sobre las pasiones.

*
* *

Hemos indicado que una de las razones del triunfo que debemos esperar en pro de la causa católica es *la injusticia* de las persecuciones. ¿No constituye acaso un escándalo inaudito en plena civilización el que nos da el anticlericalismo en Francia, atropellando la libertad de millones de ciudadanos hasta poner en práctica el espionaje más ignominioso contra sus adversarios?

Y desde luego, si las persecuciones tuviesen por pretexto la revancha ¿quién podrá quejarse de la intolerancia de la Iglesia? ¿A quien se persigue ó molesta

hoy día en parte alguna, porque no cumpla con las prescripciones de la Iglesia, aun en los países en que es Religión de Estado? Hé aquí lo que decía, en esta cuestión el eminente publicista Carlos M. Ramirez, (*La Razón* del 23 de Junio de 1894), al impugnar la reforma de la Constitución: «El artículo 5.° que declara una religión de Estado, es un precepto constitucional que no nos ha impedido establecer la libertad religiosa *en toda su estensión imaginable.* No nos ha impedido tampoco efectuar las reivindicaciones que el poder civil ha operado en los países más libres del mundo; y es entre tanto, sobre la base indeclinable de las conquistas alcanzadas, un *modus vivendi* por el cual la Iglesia y el Estado dan solución práctica á muchos problemas delicados de relaciones recíprocas, que no pueden suprimirse en el estado actual del mundo.....»

«En la República francesa, con excepción de los socialistas y radicales (1), los espíritus más avanzados, Gambetta, Ferry, Floquet, se han declarado siempre partidarios de la conservación del concordato napoleónico, mediante el cual el Estado sostiene el culto católico

1—¡Qué previsión la de nuestro publicista! Hoy que han subido al poder los socialistas y radicales, es cuando se pide en Francia la separación de la Iglesia y el Estado.

á trueque de una prudente ingerencia, análoga á nuestro patronato, en la organización de la Iglesia galicana.»

«Hoy, en la parte más culta de la humanidad, soplan vientos favorables, no á las soluciones extremas, sino á las soluciones transaccionales.»

¿Porqué, pues, nos persiguen los anticlericales, si gozan de plena libertad religiosa, *en toda su extensión imaginable?* No os perseguimos, nos responderán, porque nos haceis mal, sino por que proclamais que solo vuestra religión es verdadera. En verdad, así lo creemos y, si asi no fuera, seriamos hipócritas al practicar una religión que no creyésemos verdadera. Y si replicais que vosotros no lo creis, y que por eso la atacais, os responderemos: entonces no respetais las creencias y convicciones de los demás; entonces no sois liberales, sino sectarios intransigentes; pues si fueseis liberales sinceros respetariais nuestras creencias y libertades, como quereis que se respeten las vuestras. Tener que *pedir* á los adversarios mas liberalidad y tolerancia para con sus conciudadanos católicos, es una verdadera ironía á los que nos tratan de intolerantes....

Hacer todo lo posible por molestar á los católicos en sus creencias é instituciones, como hacen los jacobinos,

es suma intolerancia; más aún, es tener la misma disposición de ánimo que los perseguidores romanos: *¡los cristianos á las fieras!*, con la diferencia de que ya no se usan circos de gladiadores.

Tambien es obra de intolerancia y de injusticia el exclusivismo anticlerical. Prevalidos del poder, podrán negarnos todas las libertades y derechos, que en toda democracia son patrimonio comun de todos los ciudadanos; nos podrán relegar á la categoría de parias é ilotas en plena República, limitar y poner trabas á la profesión religiosa, y otras arbitrariedades de prepotencia. Está bien; pero eso no puede intentarse ni realizarse sino cometiendo incalificable injusticia, ni podrían gloriarse de semejante triunfo, porque esa actitud es una ignominiosa tiranía, jamás una victoria, que merezca los aplausos de la civilización. Asi fué como vencieron momentáneamente los Cesares perseguidores; pero la gloria fué para los cristianos perseguidos. Y en verdad ¿no es una irritante injusticia negar á los católicos, á la Iglesia católica, la libertad y derechos que se otorgan sin reparo á todas las sectas, á la anarquía, al ateismo y á la misma prostitución? ¿Porqué solamente molestais á los católicos, usando para con ellos de la más singular injusticia?

Lo sabemos: porque en derecho, con justicia y ante la libertad no podeis triunfar de su santa causa. Los católicos podrían decir á los anteclericales lo que nuestro Artigas á los tiranos: «Con libertad no ofendo ni temo.» Pero los anticlericales ofenden y temen la libertad; por eso se arrogan su monopolio.

En efecto, el anticlericalismo uruguayo ha publicado un programa vergonzoso, de odios y de exclusión intolerante contra los católicos, declarándolos excluidos de la igualdad política y civil: solo los anticlericales, de cualquier categoría que sean, son dignos de representar al pais y de ocupar puestos públicos; y esto se proclama con el nombre de programa liberal, siendo lo más *iliberal* que podía idearse. Mas aún, esa actitud es contraria á la libertad, á la igualdad y á la fraternidad, y solo sirve para exaltar las pasiones, y la peor de todas, la religiosa, que no tiene otro efecto que el de dividir y enconar á los ciudadanos, siendo la peor plaga que le puede caer á una nación. Con exclusivismos y con odios no se concilian ni apaciguan los ánimos: es necesario la mútua tolerancia, el amor, la caridad, que son vida y aliento fecundo para la libertad, la igualdad, la fraternidad y la civilización.

Y, cuán poco patriótica es esa acti-

tud del anticlericalismo! Acabamos de pasar por una serie de conmociones y revoluciones en el período de algunos años, lo que hace necesario propiciar la tolerancia y el respecto al derecho desarmado; pues habiéndose exacerbado, como era natural, las viejas pasiones partidarias instintivas, irreflexivas y violentas, se han acostumbrado los espíritus á ser *implacables* contra el adversario, de cualquier categoría que sea.

Y bien; en tales condiciones y circunstancias, acumular los gérmenes de división y combatividad entre los ciudadanos con la cuestión religiosa, fomentando las querellas sectarias, como lo hace el anticlericalismo en su forma mas candente, es altamente insensato y antipatriótico; ya que entonces las relaciones entre los ciudadanos se tornan implacables é insoportables.

Y en verdad, vemos á los católicos, tratados al presente con el más grande desfavor, casi pobres ilotas de la vida política, relegados al rango de adversarios vencidos y de peticionarios menospreciados; pues el liberalismo jacobino entiende la libertad, la igualdad y la fraternidad, que tan alto proclama, solo dejando para los católicos la obligación de pagar los impuestos y contribuciones. Pues bien; así no podeis ser partido de libertad, *partido*

liberal, negando á una inmensa agrupación de hombres los derechos de ciudadanos; pero así vuestro reinado será efímero, porque el derecho, la justicia y la libertad no podrán ser usurpados y prescritos por nadie.

Por lo demás; bien sabemos que la prepotencia anticlerical nos cuenta como cómplices. Las usurpaciones políticas y civiles, no son más que castigos de culpables desidias; y las persecuciones son muy eficaces para hacernos sacudir la perezosa indiferencia con que contemplamos el mal. Lo juramos por Jesucristo y por el honor de la humanidad: la justicia, el derecho y la libertad vencerán; y vosotros, los detentadores momentáneos del monopolio, que ilegítimamente os habeis atribuido, como propietarios esclusivos de esas cosas, sabed que semejante dominación no puede ser duradera, porque no es generosa, ni liberal, ni digna de pueblos progresistas y civilizados. Tener que mendigar la libertad de vivir en el pleno uso de sus derechos, es retrogradar á las épocas del cesarismo ó del despotismo asiático, ó algo más, porque la Iglesia goza de su plena libertad aún en los dominios de la sublime Puerta otomana.

Como está anunciado por Cristo, su Iglesia sufrirá persecuciones, pero ja-

más será vencida. Y sin embargo ¡qué compasión nos dan sus ilusos adversarios, que pronostican su ruina al verla combatida y perseguida! Pero sépase que cuando la Iglesia padece persecución; quien sufre no es ella, que permanece idéntica, como obra de Dios, sino la sociedad; á la manera de lo que sucede cuando en días de tormenta se nubla el sol. ¿No sería ridículo, al ver que este astro se oculta, creer que ha perdido su brillo? la que sufre es la tierra, á quien las nubes privan de sus rayos benéficos. La religión permanece intacta, del mismo modo que los eternos principios de moral permanecen incólumes, aunque reine la inmoralidad en una sociedad decadente. Y bien cándido sería quien dijese: ¡pobre moral! en lugar de decir ¡pobre sociedad! Cuando el termómetro religioso baja en la vida de un pueblo, el que sufre es el pueblo y no la religión.

***

Y son recientes los ejemplos que comprueban esa ley histórica de los triunfos de la Iglesia; aunque no es extraño que los pigmeos se ilusionen, cuando genios de valer y hombres poderosos han intentado el triunfo de sus planes anticatólicos.

Así, el canciller de hierro, Bismarck, el político temido, cuya palabra llegaba como una orden al gabinete de los soberanos, soñó medirse con la Iglesia, someterla y establecer en Alemania un Iglesia exclusivamente nacional.

Como en todas las épocas, y como está profetizado por Jesús, los perseguidores de la Iglesia calumnian y mienten para cohonestar la persecución. «He aquí que os perseguirán por causa de mi nombre, y os calumniarán mintiendo». Se calumnió y mintió en los primeros siglos, acusando á los cristianos de enemigos de la sociedad, y hasta de ateos é inmorales! Y esto mismo se ha dicho al través de los siglos, aunque con diferentes términos: enemigos del progreso, de la moralidad y de la ciencia... Bismarck, pues, anunció que emprendía la lucha en defensa de la civilización, *Kulturcampf*. Y la emprendió con la tenacidad y energía de que era capaz.

Los católicos estaban en minoría; se llenaron las cárceles de sacerdotes y obispos; se condenó á los fieles á morir sin sacramentos, y se negó á los católicos, como en tiempos de las persecuciones, el derecho de existencia: *non licet vos esse*, mientras á nadie mas se incomodaba por sus creencias ú opiniones religiosas; ya que siempre son in-

consecuentes los enemigos de la Iglesia Pero semejantes violencias no quebrantaron el valor de los católicos, ni intimidaron su fé.

Llegaron á adoptarse medidas que molestasen á los fieles y sacerdotes, pero sin darles la gloria del martirio, á fin de que á la larga los enervasen y corrompieran, si fuera posible. Se agotaron todos los medios para vencer lo que llamaban la resistencia clerical, ya sea castigando á los recalcitrantes ó haciendo brillar á los ojos de los flacos el dinero de Judas. Se suprimieron los honorarios eclesiásticos y se «secularizaron» los bienes de la Iglesia, por no decir *robarlos,* ya que hay que reservar estas palabras severas para los casos de la vida privada; y todo esto intentando vencer al clero por el hambre.

La prepotencia de la fuerza bruta no repara nunca en los medios, y se permite toda clase de arbitrariedades é injusticias, creyendo que así puede vencer la fuerza moral de la Iglesia, que al fin triunfa, aunque la injusticia de sus enemigos la obliguen á vivir en las catacumbas. Pero ¡qué contraste y què gloria para el catolicismo! Mientras los anticlericales, de todas las épocas, han abusado empleando la fuerza material para combatirla, la Iglesia ha triunfado

con la única energía de la fuerza moral, como expresamente lo hemos demostrado en una Pastoral titulada: *Vitalidad invencible del Catolicismo.*

Y en nuestros días ¿qué vemos? Persecuciones, destierros, supresión de asociaciones religiosas y otras medidas arbitrarias ¡en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad! La ironía no puede ser más resaltante.

Así sucedió con el Kulturcampf; tanto obispos, como sacerdotes y fieles, prefirieron la pobreza, la prisión, el destierro y las multas á las defecciones más lucrativas. Los *pequeños vicarios,* como decía Bismarck, acabaron por vencer al canciller de hierro, que dominaba los parlamentos con su elocuencia, y á la Europa con su génio político. Fué á morir en desgracia, mientras que la Iglesia salía triunfante de esta prueba terrible, y recuperaba una á una sus libertades. Hace apenas seis lustros, más de dos mil sacerdotes habían sido encarcelados ó desterrados; más de mil doscientas parroquias estaban privadas de los socorros espiritules; los obispos en el ostracismo, y suprimidos los seminarios, los colegios católicos, y las comunidades religiosas. Y hoy día, la Iglesia ha recuperado sus bienes, el catolicismo ha vuelto á conquistar en Alemania su puesto de honor, y ejerce

allí con plena libertad su benéfica cación. Bismarck no hizo más que causar males á la sociedad, como todos los perseguidores, sin conseguir su objeto de aplastar á la Iglesia, que más bien conquistó pujanza y renombre.

Otro tanto podríamos decir respecto del triunfo espléndido de los católicos de Bélgica, después de la tenaz y triste persecución anticlerical, llevada á su apogeo por el célebre Frêre-Orban, el Bismarck belga: hoy los católicos están en el poder y su gobierno es modelo.

Y á propósito de estas persecuciones á la Iglesia, queremos recordar un simil muy apropiado, cual es el renacimiento de una floresta incendiada.

Cuando el leñador quiere renovar la floresta, le prende fuego. ¡Ay de la floresta! exclaman los que presencian el incendio, como dicen ¡ay de la Iglesia! los que la ven perseguida: ¡ya no podrá renacer! Presa de las llamas, parece que no deben quedar más que tizones apagados y frías cenizas; y sin embargo nada ha perecido: de esas cenizas nace una nueva vida, con una vegetación más exhuberante, testimonio de una vitalidad imperecedera. Así en el seno desgarrado de la Iglesia, renacen sin cesar los hijos de la cruz. Mas aún que la floresta, la Iglesia es indestructible; mas que las encinas, la Iglesia es inmortal.

Es, pues, una gran tentación, para los creyentes, desear semejantes persecuciones. Sin embargo, en ninguna parte los católicos tienen el derecho ni el deseo de provocar semejantes crisis; y cuando estas se producen, no son ellos jamás los que las provocan, porque saben que no se pueden desear ni hacer males, aunque de ello resulten grandes bienes. Pero tampoco tienen porqué temer de la suerte de su causa en el momento del ataque: ellos saben que un día su causa vencerá, aunque sea á costa de su propia sangre.

Mas, si cuanto hasta aquí hemos expuesto, demuestra la vitalidad de la Iglesia contra los ataques exteriores y la supervivencia á las persecuciones, debemos considerar ahora, las leyes y caracteres de la vida de la Iglesia segun su naturaleza y esencia, para formarnos una idea exacta de la misma.

II

Es, en verdad, con un profundo sentimiento de confianza, de amor y de fé en el porvenir de la Iglesia que os hablaremos de su vitalidad inmortal. Al través de la magnífica evolución histórica, y por encima de las formas sensibles con que se manifiesta, procuraremos tocar el fondo de esta po-

derosa vitalidad colectiva, cuyo desenvolvimiento ininterrumpido une las edades más lejanas, y continuará gloriosamente hasta la consumación de los siglos. Estableceremos esta profunda convicción, primero sobre los caracteres esenciales de esa vida, tal como la fé y la experiencia de los siglos nos la hacen conocer; y en seguida sobre los síntomas favorables que el estado de los espíritus contemporáneos nos revela, en ese resurgimiento que se llama hoy *espíritu nuevo*; ya que el anticlericalismo no representa mas que los estertores del anticristianismo agonizante en brazos del positivismo ateo y del socialismo anárquico.

En efecto; considerémos los caracteres precisos que nos presenta la vida en la naturaleza. El primero de estos consiste en que á diferencia de los demás seres, que no pueden transformarse sin destruirse, el ser vivo permanece siempre el mismo, aunque renovándose sin cesar. Así que identidad permanente, y transformación perpetua, tal es la primera oposición que se encuentra conciliada en el misterio de la vida, según la ciencia y la experiencia.

El segundo carácter consiste en que, mientras en los seres inanimados, las partes preceden al todo y lo determinan siguiendo un orden mecánico; en

los seres vivos, por el contrario, el todo parece preexistir á las partes y determinarlas según una ley progresiva de finalidad: es un fin que crea sus medios. Así, en la semilla está contenido todo el árbol.

Pero cuando la razón reflexiona sobre estas antinomias aparentes, encuentra su explicación en la concepción de un principio interior, cuya actividad precede á la manifestación del ser sensible, mantiene su unidad al través de sus transformaciones, y dirige su evolución según el tipo á realizarse. Este principio la Biblia lo llama *spiraculum vitæ* (Gen. II. 7.); la escolástica lo llamaba *forma vital;* Claudio Bernard *la idea directriz*, y en general se la concibe como una expontaneidad dirigida por una ley ideal; como la expontaneidad contenida en la semilla y dirigida por esa ley ideal del árbol en que se desarrolla.

Existe, en efecto, en la série de las parábolas evangélicas, la de un grano de mostaza, que simboliza en la enseñanza del Maestro, las verdades que exponemos. Esta semilla, «la más pequeña de todas» (Matt. XIII. 32.) se deposita en la tierra, después brota, se desarrolla y agranda hasta sobrepujar las demas arbustos, y convertirse en un gran árbol. (ib.)

Hé aquí la vida con su triple ley de identidad, evolución y finalidad: de la pequeña semilla hasta el gran árbol se desarrolla una continuidad ininterrumpida; apesar del canje perpétuo que la planta mantiene con el suelo, el aire, el sol y el rocío del cielo, es el mismo ser el que se desarrolla, el mismo movimiento que continúa, la misma idea que se realiza bajo el impulso misterioso del mismo principio vital oculto: la vida no se detiene sino conseguido el objeto final, como sucede en la formación del árbol.

Ahora bien; este grano de mostaza, nos dice Jesús, es el reino de los cielos, es la Iglesia: *simile est regnum cœlorum grano sinapis*. (ib.) La Iglesia, pues, es un ser vivo, y encontraremos en ella todas las leyes constitutivas de la vida.

¿Quereis saber lo que puede durar la vida de la Iglesia? Medid la fuerza que mantiene su identidad, la riqueza de transformación, que le permite rejuvenecerse, el grandor de la idea que realiza, y en fin, la potencia del principio interior, del alma oculta, de donde procede su prodigiosa energía vital.

La identidad de la Iglesia al traves de los siglos tiene por garantia el triple nervio de la autoridad doctrinal, de la liturgia y de la organización jerárquica. La jerarquía tiene por objeto mantener

en este gran cuerpo la identidad de estructura y de acción. Desde San Pedro, tiene una cabeza, un jefe, que está en Roma; una voz idéntica en todas partes, que habla por la boca del episcopado; músculos y nervios representados hasta las últimas extremidades más apartadas por el sacerdocio; y la multitud, casi infinita de los fieles, semejantes á las células del cuerpo humano, queda envuelta por esa vasta red.

El ser vivo posee además una fisonomía propia, una semejanza que conserva consigo mismo al traves de las diversas edades: se encuentran en el anciano los rasgos, el aspecto, el gesto del niño. Debido á su liturgia, conserva también la Iglesia su fisonomía maternal: se la reconoce en su gesto inmutable; los ritos esenciales de su culto no han cambiado. Ya sea cubierta con el polvo de las catacumbas y de la sangre de los mártires; ya resplandeciente de gloria con sus vestiduras de oro, la esposa de Cristo lleva sobre su frente el mismo signo de la cruz; su mano derrama la misma agua del bautismo, y distribuye á sus hijos el mismo pan eucarístico; consuela el sufrimiento humano con las mismas consolaciones, y murmura sobre la tumba de los muertos la misma plegaria. ¡Qué hermosa y augusta es su figura al traves de los

siglos: hoy como ayer, como siempre! Y los pigmeos, que pasan indiferentes á su lado, no la pueden contemplar en toda su grandeza, por no haber subido á un sicómoro, como el Zaqueo del Evangelio; esto es, por no haberla contemplado desde la cumbre de la historia.

En fin; y este es el prodigio de los siglos, que la humanidad no ha visto semejante: la autoridad doctrinal establece en ella la identidad de la conciencia y del pensamiento, aspiración suprema de la grandeza y perfección de las sociedades y de la civilización universal. No es solamente por su cuerpo y figura por lo que el hombre es uno; lo es sobre todo por su persona, por su *yo*, por la continuidad de sus estados interiores reflejados y totalizados en su memoria, por el lazo lógico que une en una cadena ininterrumpida sus pensamientos, sus resoluciones y sus actos. Así es como la continuidad de una misma vida se revela á sí misma y se afirma.

Tal es la Iglesia; toda su historia está dominada é iluminada por el mismo *Credo;* la misma ley eterna, resumida por Cristo en un doble mandamiento de amor, ha gobernado sus resoluciones. Y esta forma de la unidad resalta en ella con una singular potencia: porque, mientras no existe espíritu creado en el que no se pueda deslizar alguna con-

tradicción; ninguna voluntad que no sea susceptible de alguna debilidad; el acuerdo más perfecto, la integridad más completa se revelan en la fé indefectible y en el inalterable decálogo de la Iglesia.

***

Identidad de organización por la jerarquía, identidad de fisonomía por la liturgia, identidad mas profunda de conciencia por el magisterio doctrinal: tal es el primer carácter esencial de la vida en la Iglesia.

Pero esta identidad, tan caracterizada, no debe ser la inmobilidad; la inmobilidad no sería la vida; la vida es necesariamente un movimiento, un cambio progresivo. Siguiendo esta ley, tan interesante, y á veces tan olvidada, la Iglesia se rejuvenece, se agranda, se adapta y progresa.

Y desde luego, la Iglesia rejuvenece á la manera de los cuerpos vivos, por la renovación constante de los elementos anatómicos que la constituyen. La vida de las células ha sido comparada á un río que se desliza entre dos riberas: así pasan las generaciones cabe la Iglesia, que renace con cada una de ellas. Es como la naturaleza: una florescencia nueva la cubre en cada primavera.

Decís que la Iglesia está caduca; pero ¿acaso está tan avejentada? Nada hay de viejo en la Iglesia sino es su abstracción histórica: su realidad presente es un ser jóven, que no tiene del pasado mas que el recuerdo, la tradición fecunda; y hasta tal punto que si, por imposible, ese recuerdo llegase á extinguirse, si esta tradición cayese en olvido, si los diecinueve siglos de cristianismo desapareciesen de súbito de la memoria de los hombres, y su traza fuese borrada de la historia, el organismo viviente de la Iglesia bastaría para crearlo de nuevo integralmente, como un fruto del último otoño puede reproducir la planta entera.

Al mismo tiempo que se renueva, la Iglesia se agranda y ensancha, á la manera del grano de mostaza colocado un día en la cumbre del Gólgota: se operó allí una fermentación misteriosa, y los gérmenes que de allí salieron, transportados por el soplo de Pentecostés, se han esparcido por toda la tierra. Ni las cadenas, ni las persecuciones, ni los mares, ni las montañas han podido detener la espansión de su vida. Así como, bajo el empuje de una savia inextinguible se multiplican los brotes y ramas de los árboles, así los templos se añadían á los templos, las obras á las obras; y mientras que la Iglesia se agrandaba en

superficie por las apartadas conquistas de los misioneros, se agrandaba también su profundidad insinuándose hasta en los últimos repliegues de la sociedad.

Mientras tanto, la planta que se agranda y crece, se adapta sucesivamente á las estaciones y á los climas. Cubierta de flores y de frutos por las caricias del verano, se despoja de las hojas, y oculta cuidadosamente sus yemas al acercarse los rigores del invierno; ademas, su vida se alimenta por un contínuo cange con el medio ambiente.

Si la Iglesia no hubiese seguido esta ley, hubiera desaparecido, como sucede con las instituciones humanas; sábese con qué facilidad son arrastradas por las revoluciones cuando no tienen suficiente flexibilidad para seguir el movimiento general de la civilización. Con la fuerza plástica, que es por excelencia el signo de su vitalidad, la Iglesia se ha asociado á todas las formas del desarrollo y evolución social. Se la vió tomar al paganismo las columnas de sus templos, la magnificencia de sus basílicas y las pompas de su culto; al helenismo su filosofía y su ciencia, al imperio su organización provincial diocesana; se la vió artista y literata con León X, como se la había contemplado apostólica y mártir con los primeros papas; democrática é igualitaria en los tiempos mo-

dernos, como fué feudal y escolástica en la edad media. Perpetuo Mecenas de la humanidad, es objeto de una perpetua reforma y de una constante metamórfosis.

Y este trabajo, por escapar á las veces á las miradas desatentas, no es menos real: las catacumbas llenas de tumbas; la basílica primitiva, tan sencilla como serena; la iglesia románica tan sólida y tan graciosa; la catedral gótica, tan atrevidamente elevada y tan piamente misteriosa; el templo del renacimiento, brillando en oro y mármoles preciosos, expresan á su manera la vida y el pensamiento cristiano; y es raro que un mismo templo, cuando ha atravesado largos periodos de la historia, no conserve la traza y no pueda dar testimonio de la lenta evolución de que ha sido testigo.

Muy lejos de realizarse por acaso estos cambios y transformaciones, que no alteran la identidad, están dominados por una ley de progreso. El progreso, que es también una ley de la vida, se manifiesta en la Iglesia, no solamente por la extensión de sus fronteras, sino también por el desarrollo interior de su conciencia colectiva. No se trata aquí, como bien lo comprendéis, de un sincretismo de doctrinas heterogéneas que se yuxtaponen y combinan á la manera de los

sistemas de filosofía, sino de un trabajo de reflexión inmanente y de análisis, que produce como una espansión y desarrollo cada vez más radioso de las verdades evangélicas. Lejos de perjudicar á este movimiento las definiciones de dogmas, señalan sus etapas sucesivas; estos no limitan la libertad del pensamiento humano, sino del lado del error, como las conquistas de la ciencia, y abren sobre la verdad nuevas y profundas perspectivas. (1)

Por otra parte, el soplo vivificante del espíritu se esparce poco á poco por el mundo; los principios de la moral cristiana se imponen cada vez más, y sus aplicaciones son más juiciosas y fecundas. Los santos y justos de hoy día no son más grandes que los de otras épocas; pero la conciencia humana, en su conjunto, se ha elevado y perfeccionado cada vez más.

¿En dónde parará ó se detendrá este progreso? Hé aquí el nudo de nuestra tesis, porque ya sabemos, sin que podamos dudarlo, que la Iglesia no es, como algunos lo piensan, una cosa muy vieja, un ruinoso edificio conservado á

1—Que la Iglesia tenga su *Syllubus*, como tiene un *Credo*, se comprende, desde que tiene un magisterio doctrinal, y es una consecuencia de é te; pero que proclamen un *Syllabus* contra el *Syllabus* los que niegan la autoridad doctrinal, es una inconsecuencia y un contra sentido; y sin embargo así lo hacen por una contradicción manifiesta los anticlericales, oponiéndolo al de la Iglesia.

duras penas; sino un ser vivo, jóven, lleno de savia y de vida. Nos resta, pues, determinar el verdadero alcance de esta energía vital, que en ella se constata en todos los siglos.

***

La vida, como dijimos, es una idea que se realiza, un fin que crea sus medios: esta perpetuidad al través de las trasformaciones, este esfuerzo sistemático y progresivo en medio de las resistencias, son las manifestaciones de la fuerza interior que persigue el pleno desarrollo de sí misma. La vida no tiene otros límites, hablando propiamente, que los límites de la idea que ella expresa. Cuando la idea ha tomado cuerpo, y el tipo concebido se ha realizado, entonces ha llegado á su término; la vida se debilita y muy pronto cesa. ¿Qué dura la vida humana? Poco tiempo, porque tiene por medida la talla de un hombre. Suponed, al contrario, que la idea directriz de la vida supera los límites del tiempo, por su alcance universal, y entonces la vida no tendrá término.

Pues bien; tal es el caso de la Iglesia católica, porque su fin es conducir la humanidad entera á la talla y á la semejanza eternal de Cristo: *Donec occu-*

rramus omnes in unitatem fidei, in verum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi. (Efes. IV. 13)

Hé aquí ciertamente una finalidad transcendente, que no podrá ser agotada en este mundo. Considerad la extensión de esta idea; está contenida en esta palabra, *omnes* «todos»: mientras nazcan hombres, á cualquier raza que pertenezcan. Mirad su comprensión: la unidad absoluta de la fé, la vida de Cristo en su plenitud, lo infinito y lo eterno. ¿Puede concebirse algo más elevado? Ella se refiere á la humanidad en su conjunto y al hombre en su fondo íntimo. Es un progreso social en extensión, individual en la profundidad que persigue. Y este progreso no tiene término sino en Dios, esto es, en lo infinito, en la perfección suprema: *estote perfecti sicut Pater vester cœlestis perfectus est.*

Si; la Iglesia representa en este mundo la idea divina, la fé en lo invisible, en el ideal transcendente de que Jesucristo es el tipo augusto; ella es el lugar de todas las almas justas que aman la verdad más que á sí mismas, y que creen en la realización futura de la justicia.

Mientras esta concepción tenga derecho de ciudadanía sobre la tierra y sea capaz de conmover los espíritus, de apartarlos de los goces groseros de los sentidos, y de atraerlos à su verdadero cen-

tro, que es Jesucristo, durante todo ese tiempo la Iglesia tendrá en este mundo razón de ser y continuará su misión sublime. «Id y enseñad *á todas las gentes* á observar todo lo que os he mandado.»

Una condición es necesaria, á saber, que la energía de este principio interior sea proporcionada á este gran esfuerzo. Y puesto que el fin perseguido por la Iglesia es transcendente y sobrehumano, es de rigor que encontremos en ella una vitalidad que no sea del hombre. Sobrepujamos aquí los límites de la experiencia y de la analogía; pero tocamos al mismo tiempo que el fondo íntimo de nuestro sujeto, la razón última de la existencia y de la perpetuidad de la Iglesia, y el fundamento de la esperanza que tenemos en ella.

La fé nos enseña que el principio oculto de la vida de la Iglesia, es el mismo espíritu de Jesús, el Espíritu de Dios. Cuando el Maestro se separó de los discípulos, les prometió un auxilio misterioso, que permanecerá con ellos eternamente: *Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat in æternum.* «Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, que permanecerá eternamente». (Joan XIV. 16.)

Ese Paráclito es el Espíritu de verdad, que el mundo no puede ver, pero

que nosotros conocemos: *In vobis erit.* Es la fuente de la vida, el principio idéntico y permanente, el pensamiento infalible y fecundo: *Ille vos docebit omnia.* «El os enseñará todas las cosas.» (XIV. 26).

Si el Evangelio se extiende desde Jerusalen hasta los países mas lejanos, San Pablo nos testifica que el Espíritu Santo es el autor: *in virtute Spiritus Sancti.* (Rom. XV. 13.).

No solo el Espíritu de Dios obra sobre el conjunto del cuerpo de la Iglesia, sino también en la intimidad de la conciencia individual. Es el Dios oculto, «la luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo» (Joan I. 9.)

Es, pues, el Espíritu Santo el autor del progreso evangélico; gracias á él, la vida tiende á superar sin cesar por su acción los límites del cuerpo que ella se da. No solamente es un principio de cohesión, organizando el movimiento de las partes, según las leyes de la euritmia católica, sino también de conquista, porque se extiende más allá de las formas visibles de la Iglesia, solicitando todas las almas á unirse paulatinamente á la universal y divina armonia.

Así comprenderémos ahora en toda su plenitud la vida de la Iglesia y tendremos el secreto de su duración, dos

veces milenaria, y de su porvenir ilimitado. No es una abstracción, como la *ciencia*, y la *opinión*, que no tienen más base que la frágil inteligencia del hombre; no es tampoco una institución envejecida, cuyos materiales pueden gastarse ó disociarse: «es una fuerza, pero una fuerza *espiritual*, que es de todas la más grande», al decir de un publicista; porque es la misma fuerza de Dios; y al mismo tiempo una fuerza *visible*, *tangible* y *palpable*. Su vestidura puede envejecer; pero su vida es un perpetuo recomenzar: y cualquiera que sea la majestad de las bóvedas seculares en que habita, aparece siempre á nuestros ojos como la inmortal Esposa de Cristo, radiosa con una imperecedera juventud, en su belleza sin manchas ni arrugas: *Non habentem maculam neque rugam*. (Efes. V. 27.)

Esto es lo que llenaba de admiración al eminente publicista Gladstone. «Esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy, después de diecinueve siglos, *tan joven*, *tan vigorosa* y *tan fecunda*, como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra;» esto es, desde su origen; y sin embargo, el anticlericalismo cree que esta maravillosa institución está *envejecida*, *sin vigor* y *decadente*, hasta el punto de que pronto podrá acabar con su vida y existencia; es el ensueño perpetuo, pero vano de sus ilusos perseguidores.

III

Bastarían las doctrinas que acabamos de exponer, apoyadas sobre las divinas promesas, para asegurar nuestra inquebrantable confianza. Mas también queremos interrogar el horizonte social y leer en él el presagio de los tiempos cercanos, ese *espíritu nuevo*, que se propone neutralizar los resabios de la incredulidad y de la intolerancia anticlerical; que solo tienen por efecto conturbar la sociedad y retardar la marcha de la civilización y del progreso.

En efecto; en el movimiento confuso que á nuestro alrededor agita la conciencia religiosa, es fácil distinguir tres tendencias principales, que corresponden á los caracteres fundamentales de la vida de la Iglesia; tres grandes necesidades que solo ella podrá satisfacer: de un lado, una necesidad de conservación y de autoridad; por otro, una necesidad de conciliación y de armonía; en fin, por encima de todo, una necesidad de fe, y de renovación interior.

De manera que todo lo que la Iglesia contiene en su vida esencial, que cons-

tituye en ella una viviente y progresiva unidad, se encuentra en el estado de vaga aspiración ó de sufrimiento agudo, en la conciencia contemporánea, que se ve atormentada sin cesar por el misterio de sus destinos. El mismo atolondramiento anticlerical demagogo indica la desorientación tremenda que hace necesaria la evolución á un orden de cosas superior: ni reacción ni revolución, sino evolución á un estado social mas perfecto y tranquilo; pero la crisis que precede á la transformación siempre es dolorosa y demagógica: eso explica las dragonadas anticlericales.

Hay, pues, que oir á los espíritus superiores.

***

Hace pocos años que un delicado escritor, Mr. de Vogüé, renovando el papel de los antiguos augures, saludaba en el cielo oscuro y triste del siglo espirante, el retorno feliz de las cigüeñas al antiguo campanario, trayendo sobre sus alas, con la antigua fé, la alegría y las esperanzas de la humanidad. Como en el siglo XII, después de noche sombría, se opera un despertar en las almas pensadoras y generosas, á pesar y en medio de las aberraciones insanas y brutales del espíritu de incre-

dulidad, que no es humano, ni progresista, ni civilizador. Entonces se levantaban contra el Islam al grito de «Dios lo quiere»; hoy día, por todas partes se repite: «Es necesario creer»; hay necesidad de convicciones enérgicas y salvadoras, como dice Brunetiére; porque es necesario armarnos contra la duda, la inacción y el escepticismo, en quienes se reconoce los peores enemigos de la civilización contemporánea.

Y, cosa digna de notarse, los hombres que habían combatido con más pertinacia las instituciones cristianas; aquellos de quienes la Iglesia ha tenido más que sufrir, y que semejaban deber sustituirla en la dirección de las conciencias; los mismos que tal ensueño tuvieron, y que hoy día reputan quimérico, el erigir la ciencia en fuente única de la certeza y en maestra absoluta de las costumbres; esas mismas personas, desengañadas é inquietas por su obra de laicización, espantadas ante la mutilación que han hecho sufrir al alma humana, y de los terribles síntomas anárquicos y desorganizadores que son su consecuencia, proclaman ahora á grandes voces la necesidad de una fé, aunque más no sea para aplacar la fiebre de su corazón enfermo, calmar su inquietante deseo de emociones y de sensaciones desconocidas, refrenar la vio-

lencia grosera de las pasiones desencadenadas, y encontrar en ella la energía y el goce de la vida; mientras el anticlericalismo, ese partido de oposición furibunda contra la Iglesia, no es, según confesión de Leroy-Beaulieu, sino el espíritu de desorganización, que atormenta á la sociedad contemporanea.

Oigamos, pues, á estos profetas del liberalismo, que semejan á Balaam, por no encontrarse todavía en el campo de Israel. No desdeñemos á los que predican la acción, y la fé, aunque no sepan decirnos ni lo que es necesario creer, ni lo que es preciso hacer para salvarnos de la presente desorientación. Es ya mucho recordar á un mundo desorganizado é inquieto las leyes fundamentales de la vida moral, y proclamar que el primero de los deberes del hombre es el de investigar un objeto para su fé y un fin para su actividad. Aunque debiera prolongarse esta ansiosa investigación, es desde ya sagrada y fecunda: es el principio de la orientación y del resurgimiento contemporaneos.

Hé ahí, pues, sobre la montaña, á esos profetas que, de buena ó mala gana, han venido á dirigir la mirada sobre el campo de Israel: «Qué hermosos son tus tabernáculos ¡oh Jacob!, exclaman, ¡qué admirables son tus tiendas, oh Israel!» (N.° XXIV.)

Y lo que desde luego les impresiona es la potencia, la cohesión, la unidad, que resultan en las filas de la Iglesia católica. Ella sóla es la que ostenta, en un mundo escéptico y desorientado, un credo, un plan, un programa y una promesa de vitalidad garantida por veinte siglos de victorias reñidas, que son, sin embargo, los verdaderos triunfos en la lucha de la humanidad.

Eco inmenso produjo en el mundo sabio el artículo aparecido en la célebre «Revista de ambos Mundos» que uno de los maestros de la opinión contemporánea escribió, titulado *Una visita al Vaticano.*

Después de rendir á la Iglesia un profundo y leal homenaje, confiesa paladinamente «la bancarrota de la ciencia» en el orden de las cosas morales, y reconoce sinceramente «las mentiras oficiales de nuestra civilización,» como lo hace también Max-Nordau.

Ellos también ven al hombre de nuestra época que se inquieta por sentirse abandonado, sin timón, en medio de la tempestad; que se espanta de ver la máquina social funcionando en el vacío, «alimentada por la nada» (De Vogüé, *el Vaticano.*)

¿Qué más? Ellos ven que en esta confusión de los espíritus y de las costumbres, una sola fuerza perma-

nece inviolable, un solo cuerpo de doctrina permanece en pié: es la Iglesia. Y esperan de ella, ante todo «aquello de que el mundo contemporáneo carece principalmente, á saber algo más firme y completo en la doctrina, en la voluntad, en todo el ser humano, un principio de consistencia y de armonia vital; le envidian esa vigorosa claridad en las ideas y esa energía decisiva en la acción; y, al mismo tiempo, ese sabio temperamento, de que ella posee el secreto; esperan de ella esa fuerza necesaria para renovar el buen sentido, la justicia, el espíritu de sacrificio, y procurar así, en todas las esferas humanas una salvadora y pacífica orientación.» (Ollé-Laprune).

Así pues, por confesión de los espíritus más esclarecidos é independientes, la autoridad de la Iglesia es indispensable para la salvación del mundo contemporáneo. Solo su poderosa organización gerárquica puede sostener el orden social, que se desquicia; solo su enseñanza dogmática puede reprimir los extravios del pensamiento; solo su disciplina moral oponer una barrera á la corrupción invasora y preponderante. Y los mismos que no adhieren de corazón á sus enseñanzas, son los que desean que su imperio se establezca en el mundo de las almas, para ejercer en él,

contra las hordas devastadoras, una especie de protección eminente y salvadora, que será aceptada á pesar de todas las repugnancias irreligiosas y anárquicas, porque la necesidad moral y social al fin se impone, como se impuso al paganismo y á la incredulidad volteriana.

*
* *

Cuando Balac, rey de los Moabitas vió que Balaam profetizaba del modo dicho, quiso romper el hechizo, y condujo al profeta á otro lugar para hacerle ver otro aspecto de Israel. En efecto, se puede preguntar si no es demasiado presumir que nuestra época acepte sin titubear la tutela de la Iglesia, porque hé aquí que se le presenta el espectro de la edad media y de la inquisición; espantajos con que hoy solo se asusta á los cerebros vulgares.

Lo sabemos: el pensamiento moderno es celoso de su autonomía; la conciencia emancipada repugna la estrecha disciplina de la ortodoxia católica; la democracia nada quiere sacrificar de sus libertades, tan costosamente conquistadas. Así, del punto diametralmente opuesto de la opinión, se ha levantado una voz, la de M. Berenger, en la *Revista de las Revistas*, para protestar contra esta

amenaza de autoritarismo, como para defender el porvenir contra ¡un retorno al pasado! Pero, cuán mal se conoce á la Iglesia! El río no remonta jamás hacia su fuente. No olvidemos esa maravillosa potencia de conciliación, que ha evolucionado al través de tantas vicisitudes diversas, y cuya suave flexibilidad nada ha podido disminuir.

Sin duda que sería pueril creer que la Iglesia cambiase nada en su doctrina y en su organización esencial; pues no podría negarse á sí misma. Pero existe en las profundidades de las verdades que enseña asaz aspectos variados para satisfacer las inteligencias mas diversas y exigentes; y nadie como ella sabe respetar todas las leyes del espíritu humano, asi como las libertades naturales y legítimas. Por otra parte, bajo el punto de vista de la disciplina, no temais verla aplicar á los pueblos adultos los procedimientos y los métodos de que debió servirse para los pueblos en su infancia. Una madre no trata del mismo modo que al niño al hijo adulto, por no considerarlo tan necesitado de los cuidados de la infancia.

Mirad cómo la Iglesia, á la manera de los grandes Estados modernos, renueva también su ejército y su armada; siendo evidente el trabajo de transformación y de reforma que se realiza en todo el

INSTITUTO TÉCNICO DEL URUGUAY

mundo católico; y es de la misma Roma, del centro de la catolicidad de donde parte el movimiento reformador. «No es la vez primera que la Iglesia, manteniendo con firmeza sus eternos é invariables principios, tiene audacias que le parecen muy naturales, y con las que ha transformado las sociedades y los pueblos, como lo atestigua la historia.» (Ollé-Laprune).

El Papa quiere que la barca de Pedro, amarrada por largo tiempo en observación sobre la ribera, bogue atrevida sobre las olas del mundo, sin otra brújula que la de la fé; y ha querido dar asilo en ella á las muchedumbres, como otrora por la organización de los gremios, para que encuentren en ella protección y justicia, publicando la carta magna de las cuestiones sociales en su inmortal encíclica sobre *la condición de los obreros*; porque ha previsto que asoma la nueva era social, que decidirá de los destinos del mundo moderno.

Y ¿no vemos acaso que mientras que la Iglesia toma así posesión del mundo antiguo, se afirma en el nuevo? Ella florece en la tierra mas libre de América, y vive en paz con las formas mas adelantadas de la civilización, sin encontrar ninguno de los obstáculos que, bajo pretexto de progreso, se le opone en la vieja Europa.

¡Pero qué contraste contemplamos entre la República anticlerical francesa, que suprime todas las libertades para la Iglesia, destruye las comunidades religiosas y prohibe su enseñanza; y las libertades amplias con que la República de Norte-América honra á la misma Iglesia católica y á sus congregaciones!

Eternamente fecunda, la Iglesia dá nacimiento allí á nuevos y grandes propagandistas con su fisonomía propia, su método original, reformadores intrépidos, iniciadores como todos los genios; y, sin embargo, profundamente semejantes por la unidad de la fé y del amor, idénticos al traves de las edades y de los mundos, porque todos ellos viven de la misma vida, fundada en el cristianismo; como ese admirable P. Hecker, fundador de los Paulistas, ejército conquistador en los Estados Unidos; el Cardenal Gibbons, Mons. Ireland y otros genios semejantes, que allí existen, para dar un solemne mentís á los que afirman que la Iglesia es enemiga de la civilización, del progreso y de la libertad.

***

Que la Iglesia sea una fuerza del orden social y una excelente educadora de

pueblos; que esté dotada de una maravillosa adaptación para acomodarse á las necesidades de las generaciones sucesivas; hé aquí lo que todos confiesan y declaran fácilmente. Pero, si no se la acepta más que por sus dones exteriores, por su utilidad social, esto no sería bastante. «Los que nos ofrecen como un medio de salvación una religión á cuyos dogmas se declaran incapaces de adherir, escribe un maestro moderno, G. Seailles; los que elogian la disciplina y la fuerza de la Iglesia católica y nos requieren para que nos unamos á esta milicia, como si nos propusieran un aumento del efectivo de los guardianes de la paz, dan prueba de un maquiavelismo ingenioso».

Es verdad; porque se quedan como Balaam, fuera del campo de Israel, ya que no es sino por su acción sobre las almas sinceras como la Iglesia obra sobre el mundo: no se la puede considerar como una simple máquina política. Así, á los precedentes testimonios que constatan sus facultades plásticas, es necesario añadir un nuevo testimonio, el de las almas verdaderamente religiosas, que piden y desean, ante todo, la renovación interior de la vida divina.

Ahora bien; estos se dividen en dos campos; los que vienen á nosotros y los que se alejan. Y qué admirable prueba

indirecta nos proporcionan estos últimos para nuestra tésis, á saber, que la Iglesia es la única fuente verdadera de esta vida espiritual! Vemos que entre sus manos lo divino se debilita, se enrarece, se desvanece hasta desaparecer. Sería, en efecto, un gran capítulo para añadir á la inmortal historia de las *Variaciones*, un *Ensayo sobre la filosofía de la religión*, notable obra de uno de los representantes más autorizados y respetables del protestantismo, M. Sabatier; pero nótase en esa obra la abdicación oficial de la herencia de Lutero y de Calvino en manos del naturalismo filosófico: es como el último término de la evolución regresiva del cristianismo protestante al paganismo, y el fin de la religión. No queda más que un sentimiento conmovido y todavía seductor por su nobleza y su perfume cristiano; pero estas hermosas aspiraciones de los Amiel, Wagner y Sabatier van á parar, por una pendiente insensible, á los ensueños piadosamente ateos de los Renan y de los Comte... ¡Una religión sin sacrificio, sin sacramentos, sin dogma de ninguna clase!

En verdad, no tenía necesidad de Jesús para ser revelada al mundo: es recular más allá de Confucio y de Sócrates, que ya presentían la necesidad de una revelación divina para enseñanza de la humanidad.

Se proclama, sin embargo, que es necesario renovar las conciencias; se quiere sustituir al culto exterior, que creen demasiado material, un sentimiento mas puro, y dar á las almas el verdadero sentido de lo divino, que creen materializado por las fórmulas de dogmas y ritos de las plegarias. «Si la vida moral es ante todo vida interior, se dice, no podemos reconocer en nadie el derecho de sustituirse á la conciencia de otro. No existe bien moral sino el que es aceptado por el individuo, reconocido por su inteligencia, identificado con su voluntad... nadie puede ser dispensado de hacer su oficio de hombre», como se expresa G. Seailles. Y sin embargo, ¿qué hay de nuevo en este ideal? ¿No es el puro lenguaje de la teología, el lenguaje de los místicos de la edad media y de los tiempos pretendidos bárbaros? ¿No es acaso el objeto y fin de la Iglesia libertar las conciencias, elevar las almas, no pidiéndoles sino la expontaneidad del amor? Para mantener su imperio, la Iglesia no tiene ejércitos, ni gendarmes, ni el poder de dar á sus cánones y definiciones la sanción penal de las leyes civiles. ¿Puede desearse una dominación mas digna del hombre, mas libre, que el puro imperio de la persuación y de la fuerza moral?

Pero ¿es necesario para esto suprimir el culto externo, los templos y los altares? No se vé ni lo qué ganaría con esto la belleza de las cosas, ni en qué aprovecharía al espíritu interior; porque esta vida moral, objeto de tantas aspiraciones elocuentes, es necesario despertarla, excitarla y sostenerla con medios exteriores. ¿Se quiere verdaderamente librar la conciencia á sus solas fuerzas, ó quizás solamente determinarla á aceptar la férula de nuevos profetas? ¡Pobre pueblo! Todos quieren convertirse en directores de su conciencia para que esté á merced de todo viento de doctrina, como dice S. Pablo, desoyendo á la única que tiene misión divina!

Y además ¿no ven que son los discípulos ingratos de la grande institutriz, que desconocen, la Iglesia? Y en verdad, ¡singular procedimiento el suyo! Se toma á la Iglesia su más pura doctrina; por un artificio de abstracción, se separa la moral cristiana de los dogmas que la producen y de los principios que la sostienen; se forma de ella una especie de exquisito elixir, una quinta esencia con la que se quiere embriagar la conciencia pública. Está muy bien; pero ¿de dónde se extraerá la esencia de rosas cuando ya no existe el rosal?

Libertad, igualdad, amor fraterno, piedad, vida interior, religión pura, conciencia recta é independiente, cosas todas que se toman del Evangelio. Se pretende imponer á la conciencia todas esas verdades por su solo sabor; pero este sabor se evapora, la conciencia se relaja, ó bien se perderá el secreto de estos preciosos aromas. La palabra del Maestro permanece verdadera: «El sarmiento separado no puede dar fruto por sí mismo; así sucederá con vosotros, si no permaneceis en mí.» (Joan. XIV. 4.)

Y esto es lo que sienten las almas más generosas y más ilustradas entre las que sienten el impulso del espíritu de Dios.

Al lado de las primeras, cuyas pretensiones é impotencia hemos indicado, se han levantado otras de los puntos más distantes del mundo y se acogen á la Iglesia, como después de un día de tempestad las blancas velas se dirigen al puerto. Han venido del cisma y de la heregía: tales como los Wiseman, los Manning, los Newman; han venido de la filosofía, de la literatura, de las artes, cuyos nombres son de todos conocidos. Y todos podrían expresar el movimiento que los empuja con estas bellas palabras, escritas antes de su conversión por el Dr. Browson al P. Hecker, el apóstol norte-americano: «No puedo permanecer por más tiempo

separado de la familia de Cristo; lo siento, y sin la Iglesia, lo sé por una larga experiencia, no podría alcanzar la pureza y la santidad. Yo tengo necesidad de los consejos, del auxilio, de los castigos y de las consolaciones de la Iglesia. Ella es el *medium* instituído para nuestra salvación y ¿qué bien puede esperarse fuera de ella?... No hay que vivir de ilusiones. Nuestra abnegación debe ser reglada y dirigida por la disciplina de la Iglesia. El ser libre puede hacer lo que quiera; pero de eso no se trata, para los espíritus rectos y reflexivos, sino de la ley que ha de seguir para labrar su perfección. No la encontrareis sino en la Iglesia »

Hé aquí, pues, como se ostenta la vida magestuosa de la Iglesia con los caracteres que la garanten: ella vivirá, porque es siempre idéntica á sí misma en una perpétua renovación y adaptación; y porque ella persigue, al traves de los tiempos, bajo la acción todopoderosa del Espíritu de Dios, un fin eterno y perpétuo. Ella vivirá, porque hácia ella se dirigen también, en la hora presente, todos los corazones sinceros, que de ella esperan protección, progreso social y salvación individual. Y no lo dudemos, la misma exageración anticlerical y atea de sus adversarios, acelera el triunfo de la Iglesia: sus propias aberraciones hacen resaltar la grandeza y magestad permanente de la Iglesia católica, que es el faro, la columna luminosa, colocada por Dios en el mundo para guiar la humanidad hácia sus soberanos y grandes destinos.

IV

Hemos indicado que ninguna institución es como la Iglesia, á fuer de universal y perpétua, perfectamente adaptada á las necesidades y condiciones de *lugar y tiempo*. Pues bien; de aquí se deduce que nadie mejor que ella nos enseña á ser amantes de nuestro país y de nuestra época, mientras injustamente se ha afirmado lo contrario.

Desde luego, según el divino Maestro, la fuente profunda de donde el catolicismo saca su vida es la caridad; pues sin la caridad no existiría. El es la expansión inefable y sobrenatural del amor divino en el mundo, amor encarnado desde luego en Jesucristo, y que continúa su obra de penetración y de santificación por el Espíritu, á fin de realizar la *Unidad* por la consumación suprema.

La Iglesia, á su vez, no es mas que el organismo visible que se ha dado este amor sustancial y viviente. Por eso, ante todo es un foco de amor; y aunque en su comercio necesario con el mundo

la Iglesia reviste otros aspectos, que semejan velar su esencia, apareciendo como una doctrina codificada, una sociedad organizada y una potencia moral; sin embargo, estas no son sino formas secundarias y derivadas, que tienen su razón última en el amor. No hay disciplina tan perfecta, ni ciencia tan lógica que puedan por sí mismas producir un rayo de fé. El mismo Redentor lo ha declarado como carácter esencial del reino que confiaba á la dirección apostólica, cuando decía en la hora verdadera del Testamento nuevo: «Amaos los unos á los otros, como yo os he amado, y en esta señal se reconocerá que sois mis discípulos».

Así que la caridad es el gran medio del apostolado; los recursos de su celo solo tienen eficacia sobrenatural si son animados por la caridad. Si la quitais, solo queda una campana que suena y un címbalo resonante; ni tenemos necesidad de citar las palabras penetrantes de S. Pablo sobre la caridad; pero sabemos que, cuando la llama del divino amor brilla en un alma, está salva.

Y si esto sucede con las almas ¿porqué no sucedería lo mismo con un pueblo, una nación, un siglo? Así pues, ¿cómo no deducir que para obrar eficazmente sobre el mundo contemporáneo y atraerlo á Cristo, es indispensable amar

de todo corazón con un amor sobrenatural é ilustrado, pero también amor efectivo y práctico, su país y su tiempo?

Tesis inútil, podría decirse, pues, ¿quién no ama á su país, ya que todos experimentamos una celosa ternura por este suelo, este cielo y esta tierra en la que creemos ver flotar las sombras de nuestros padres, y ver sus cenizas mezcladas con el polvo que los vientos levantan? Amamos también el pasado, el alma de la patria, que se revela al través de la historia.

Ahora bien; la caridad, que es la señal de la acción del amor divino en las almas, ha señalado á la patria su puesto en la jerarquía del corazón; y tenemos el derecho de decir que el sentimiento que experimentamos en su favor es superior al que la naturaleza inspira espontáneamente á los hombres, porque él procede más directamente de Dios y está penetrado de su gracia.

Pero si, en verdad, amamos nuestra patria, ¿no tenemos acaso menos simpatías por nuestra época y nuestros tiempos? Sí; no hemos amado bastante á nuestro siglo, que fué el XIX; le hemos pedido lo que no podía darnos. A ese hijo algo bastardo, nacido de la licenciosa conjunción del antiguo régimen con la filosofía naturalista, le hemos exigido la delicadeza y corrección de un

hijo de noble estirpe. Criado en los clubs revolucionarios con las ideas del filosofismo, pero ávido de independencia, de verdad y de justicia, no le hemos hablado más que de derechos decaídos y de sumisiones no comprendidas. Hubiese convenido libertarlo de sus prejuicios, y hemos querido, con buena intención, someterlo; en vez de abrirle el camino, le hemos querido atajar el paso: á una corriente impetuosa no se le opone un dique, sino que se la dirige. Estaba muy orgulloso con su ciencia, y nosotros, muy impacientes con sus errores, no comprendimos ni sus entusiasmos juveniles, ni sus temeridades; no tuvimos ni bastante indulgencia con sus faltas, ni bastante consideración con sus grandezas. El tuvo sin embargo, muchas conmiseraciones; lamentó grandes infortunios y se alzó contra muchas injusticias en medio de sus desvaríos; y fué más sincero que ningún otro en sus mismas aberraciones. Pero como no siempre supimos aprovechar esas nobles pasiones; de ahí resultó una profunda desinteligencia, que necesitará quizás los esfuerzos de algunas generaciones para disiparla.

***

Pues bien, tenemos la convicción pro-

funda de que el remedio primordial para esta situación equívoca está en un amor mas actual, mas confiado, mas completo y decidido para con este mundo lleno de prejuicios contra la Iglesia. Nuestro siglo no se entregará sino á los que lo amen verdadera y sinceramente: debemos ir á él y *perder* por él *nuestra alma*, como dice el Evangelio, para atraerlo á la redención de Cristo.

«El que perdiere su alma por mí y el Evangelio, la salvará.» (Marc. VII. 35). Estas palabras de Jesús se refieren al desinterés y olvido de sí mismo, que deben caracterizar al apostol del Evangelio; y se aplican aquí muy bien, pues ¿acaso no es necesario arrojarse al rio para salvar al que se está ahogando? Egoismo latente, pereza de espíritu, apego instintivo á situaciones adquiridas, á instituciones cómodas, falta de flexibilidad y desprendimiento ¿no son, entre muchas otras, las causas que, en todas las épocas críticas, han retardado ó dificultado las transformaciones necesarias? Pero si estos defectos se encuentran en las personas, no son del espíritu de la Iglesia, que es espíritu de abnegación y de caridad.

En cuanto al resultado que podamos obtener, con este apostolado de caridad, sobre los prejuicios del mundo moderno, es necesario no manifestarse des-

contentos. Los descontentadizos son generalmente malhumorados, y una abnegación morosa, quejumbrosa, inquieta, bien puede ser sincera, pero cansa y fastidia muy pronto. Los reproches y las recriminaciones fatigan, aunque sean justas: *Sermo durus suscitat furorem.* (Prov. XV. 1.)

Tenemos sin duda mas de un agravio que reprochar á nuestra época; pero ¿será esta una razón para arrojar los dados?

El amor es paciente y generoso; pero sería un patriotismo ilusorio el que considera á la patria como una abstracción distinta de las condiciones actuales que la realizan. Amar su país sin amar su tiempo es un imposible práctico; porque nuestra época es la forma viviente que ha revestido nuestro país, la expresión presente de su ser, el aspecto positivo bajo el cual podemos considerarlo y servirlo. Buscar su país fuera del tiempo, es perseguir una quimera; pues es necesario amar á su patria tal como es, como amamos á nuestras madres tales como son.

Para amarla así, es necesario conocerla, esto es, considerar la relación de todas las formas de pensamiento y de actividad en relación con los fines supremos del mundo; es necesario ver en ella, por esta integración prévia, la ac-

ción divina. Un siglo se manifiesta por su libertad, su filosofía, su arte, sus instituciones y sus obras; y no podemos decir que en todo esto no haya mucho que reprender en nuestro siglo. Pero cuando nos hemos penetrado de esta verdad del Evagelio, que ni un solo cabello cae de nuestra cabeza sin permisión de Dios (Luc. VII. 7.), es necesario pensar que con mayor razón las grandes manifestaciones de la vida de los pueblos depende también de su voluntad soberana, y que las vicisitudes que atravesamos son otras tantas etapas con que su Providencia ha consentido, por lo menos, que jalonen su ruta y la nuestra hacia el triunfo definitivo. Nuestras pruebas y dificultades forman así parte de sus eternos designios, y podemos soportarlos con alegría, ó al menos con paciencia, á fin de saberlos superar.

A todos los católicos, no solo á los simples fieles, sino á los sacerdotes y á los religiosos, debemos decirles: tenemos necesidad de más caridad afectiva y efectiva, entre nosotros y para con nuestros adversarios, para realizar la felicidad de la patria con mucha gloria de la santa Iglesia: «La caridad todo lo vence: *caritas omnia vincit,*» y sin caridad nada somos, ni podemos.

Y no se replique que nuestros ene-

migos nos odian, nos calumnian y persiguen; está bien; eso estaba previsto por Jesucristo, y sin embargo, nos manda que los amemos, devolviendo bien por mal; porque eso de amar á los que nos quieren y hacen bien, también lo hacían los paganos, como advertía el Redentor. Sin caridad, la propaganda y el proselitismo, de apostolado se convierten en intolerancia y en guerra religiosa, el mayor obstáculo para la conversión de las almas.

Y aunque este punto de vista es sobrenatural, no es una razón para no adoptarlo; pero al aceptarlo, se ven enseguida bajo otro aspecto las cosas de su tiempo; nos damos cuenta de que no son absolutamente tan malas, como desde luego lo parecen, y que quizás sería posible asimilárselas purificándolas. Dios jamás está ausente de su obra: se le encontraría en ella, si se le buscase.

No queremos demostraros en detalle que esto se verifica para cada una de las formas principales de la actividad moderna. Sería curioso investigar cómo el movimiento social, el arte, la filosofía contemporáneas participan de la sustancia del cristianismo, y que, en el fondo, de él vienen y viven; así como de preveer cómo ellas preparan un desarrollo más pleno y más perfecto del mismo cristianismo. Pero esta verdad ha sido demostrada por el gran historiador de la civilización moderna, Guizot, en una síntesis admirable.

Los que quieren invocar un pretexto para abominar de la Iglesia, han dicho que la civilización moderna es fruto de la revolución francesa; pues bien, están muy equivocados, al decir de Guizot: —«Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios de la revolución francesa es *cristiano*, y había sido ya proclamado por el cristianismo; con la añadidura de que éste condena y rechaza expresamente todo lo que aquella tiene de falso y de funesto. Mas aún; en esta terrible confusión, el cristianismo no solo proclama el bien y condena el mal en principio, sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca en la lucha». ¡Qué verdad tan hermosa, y tan consoladora al mismo tiempo, para los que creemos en la eficacia del resurgimiento cristiano en nuestros tiempos!

En efecto; según este eminente historiador, en el fondo, en lo que la revolución tiene de grande, de verdadero y de bueno, es cristiana; esto es, es cristiana en lo que ha de durar é influir en el porvenir definitivamente, á pesar de las rémoras é intolerancias sectarias del

anticlericalismo, que representa todo lo que de funesto y de falso tenía la revolución francesa. Y bien; en este fondo de grandeza, de verdad, y de bondad común á la revolución y al cristianismo, es en lo que ha de consistir el triunfo definitivo de la civilización moderna, ya que al decir del citado estadista, el cristianismo tiene la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal y cuanto tiene de funesto y de falso la revolución, que es lo que constituye el anticlericalismo contemporáneo, destinado á desaparecer ahogado en sus propios excesos.

Pero también queremos señalaros un punto de vista que tiene el asentimiento de todos, y que casi es un dogma.

Dios ha querido la grandeza del hombre; le ha dado el universo para que lo domine; y en ningún tiempo este fin de la creación se ha realizado mas plenamente. La humanidad ostenta hoy mas que nunca su reinado universal. Los elementos le están sometidos: el aire, el agua, el fuego, el mismo rayo le obedecen: ha creado un mundo de industria y de arte cuyo esplendor tiende á imitar al mundo creado por Dios.

Así que nos vienen á la pluma las palabras del real salmista: «¿Qué es el hombre, Señor, para que así lo engrandezcas? Lo has colocado poco mas aba-

jo de los ángeles; lo has coronado de gloria y de honor; y le has dado el imperio sobre las obras de tus manos!» Esto decía siglos ha el profeta, y jamás esto ha sido mas verdadero que en nuestro tiempo.

Jamás el hombre ha sido más poderoso, y osamos añadir que jamás ha sido mejor. Osamos decirlo para mayor gloria de nuestro Salvador, y á pesar del escándalo que pudiera producir á algunos pusilánimes. No nos detengamos ni en los accidentes, ni en la superficie; pero abrazando con un golpe de vista el conjunto de toda la historia, afirmamos que el corazón de la humanidad no ha cesado de engrandecerse: la levadura del Evangelio lo eleva progresivamente. La letra de los dogmas, en ciertas épocas y lugares, ha podido parecer más estrictamente respetada; pero la fé es más ilustrada y más viva hoy día en las almas fieles, que hoy se cuentan por más millones que nunca; y el soplo de caridad que anima á la Iglesia jamás ha sido más universal, ni ha ejercido más acción sobre los destinos de los pueblos.

Amar, por tanto, esta época, ¿no es, amar también á Dios por todo lo verdadero y lo bueno que en ella se ha realizado?

Es evidente que donde se agitan hom-

bres y pasiones, no hay que esperar gran pureza, ni virtudes inmaculadas; y en nuestra sociedad, como en todas, se pueden denunciar vicios, irreligión y corrupciones; pero así como la masa de las aguas de un gran río disuelve y purifica los residuos pútridos, que las corrientes arrastran, del mismo modo la opinión sana y vigilante, el sentido cristiano dominan y dan el tono; y si suele tolerar vicios y abusos, cuando estos colman la medida de su tolerancia, los castiga y anatematiza con el desprecio y reprobación públicas. Así podemos juzgar también esa propaganda insana y antireligiosa de ciertos grupos y centros, que la opinión pública y los hombres sensatos aprecian y califican como se merece: son corrientes infecciosas que las aguas del río de la civilización cristiana disolverán y purificarán. Y no os parezca que es inmenso el mal de nuestros tiempos, tan revueltos; pues debeis recordar que cuando un estanque de aguas cristalinas es agitado, suben al punto los miasmas á la superficie y todas las aguas parecen enlodadas: así sucede en las épocas de agitación religioso-social como la nuestra; más, pasada la agitación, se verá que no todo es lodo y miasmas, y volverán estos á precipitarse en el fondo, que es el lugar que les corresponde.

*
* *

Hay que amar, de su tiempo, las ideas, los hombres y las cosas.

Sí; las ideas desde luego; pero es necesario explicarnos. Amar las ideas de su tiempo no es adoptar igualmente sus errores; sino comprender su razón íntima; interpretar ampliamente el sentido de sus intuiciones; examinar la ley lógica, que es como el alma de su pensamiento y de sus movimientos.

Esta ley, en el fondo, es verdadera y debe serlo: es verdadera como la misma vida; no es más que una reivindicación más ó menos completa, más ó menos oscura, más ó menos velada, de los derechos absolutos del ser y de la vida. Agitaciones, revoluciones, luchas, guerras, querellas políticas ó sociales, ¿qué debemos ver en todo esto? Reacciones, ya violentas y ciegas, ya conscientes y hábiles contra los obstáculos que las circunstancias y las pasiones oponen al legítimo desarrollo del ser.

Las mismas leyes se encuentran en el mundo de las ideas; la fenomenología del espíritu no difiere en el fondo de la del cosmos: es su reflejo. Las ideas luchan por la verdad como las fuerzas de la naturaleza luchan por la vida.

Todo error es una verdad incompleta, si no bajo el punto de vista lógico, bajo el punto de vista sicológico; es una verdad que procura manifestarse. El

hombre sincero que se engaña, se engaña con relación á la verdad absoluta; lo que él dice es falso; pero todo no es falso en lo que piensa, ve y afirma mentalmente. El error completo equivaldría á la nada del pensamiento; no existe en el alma humana noche sin alguna luz. En la medida de su sinceridad, todo pensamiento leal es sagrado, como todo dolor y toda alegría.

No hay en esto excepticismo ó dilettantismo: el excepticismo se detiene en la negación, el dilettantismo se complace en los contrastes; la verdad no está ni en la negación, ni en la oposición: está en la unidad integral. Comprender todo es volver y reducir todo á lo uno, es dirigir todas las cosas á su orígen y á su fin; es unificarlo todo, y es, por tanto, *pacificarlo* todo. El catolicismo es la doctrina de la unidad universal: la función de la Iglesia es de preparar y realizar poco á poco esta unidad, por la integración de todas las verdades parciales, por la centralización de todos los rayos dispersos de la luz divina, dispersados desde luego por el prisma de la razón individual y reunidos, en fin, en un haz único por la lente convergente de la fé.

Mostrar esta identidad de la verdad y del Verbo cristiano, es la misión apostólica, siendo por tanto una misión de conciliación, de concentración y de iluminación. De manera que el apostolado no llena mas que la parte menor de su ministerio doctrinal cuando ha denunciado los errores de sus contemporaneos. Gracias al magisterio de la Iglesia, puede esto parecerle muy facil: condenar es poco; refutar no es gran cosa; ilustrar, convencer, convertir, hé aquí el verdadero objeto, la misión dificil, que no puede cumplirse sin amor, sin mucho amor y caridad.

Ya se trate de una opinión aislada, ó del movimiento del espíritu público, no alcanzaremos el verdadero sentido si no lo examinamos con simpatía; sí; con caritativa y cristiana simpatía, ¿Porqué no hemos de tener para con las inteligencias extraviadas la misma caridad condescendiente y suave que usamos con los corazones culpables? ¿De donde proviene, para los desórdenes del pensamiento, ese rigor rajante, esas durezas impacientes, que nos reprechariamos usarlas en los problemas de la conciencia? Y ¿qué decir, en fin, de esas fórmulas categóricas que condenan en conjunto todas las aspiraciones de una época, todos los esfuerzos de una generación, el pensamiento todo entero de un siglo? Por lo menos hay falta de reflexión y poca caridad.

El primer deber del apologista, en presencia de las manifestaciones del

pensamiento contemporáneo, es el de someterlas á la crítica. Y porque la humanidad entera es iluminada por el mismo Verbo divino, y atraida por el mismo deseo del Bien supremo, es necesario presumir que, en toda síntesis del espíritu, hay al menos algunas ideas justas y razonables.

Cuando un pensador habla, no le digamos: Cállate! No le gritemos: Error! Error! Escuchémosle mas bien, porque hay algo de verdad en lo que dice, á no ser un demente. De esta manera, y con la gracia de Dios, lo podremos salvar. Como alguien ha dicho muy bien, no se trata tanto de imponerle nuestro pensamiento, ya hecho, como de explicarle el suyo, y de encontrar con él, en una condescendiente y simpática investigación, el hilo de la verdad perdido. (1)

1—Y ¡cuántos hay que por haber perdido el hilo de la verdad, la niegan! Así sucede á los mismos anticlericales; imbuidos en los inveterados prejuicios del filosofismo incrédulo acerca de los males que se atribuyen á la acción del clero y de la Iglesia, se comprende que quieran suprimir la causa de esos males ó clericalismo; pero si á fuerza de paciencia y celo ilustrado se les hace ver con la historia en la mano que solo se trata de calumnias ó de mala inteligencia de los hechos y verdades que la Iglesia enseña ¿porqué no han de llegar á comprender que la Iglesia es una grande y admirable institución, volviendo así á encontrar el hilo de la verdad perdido?

Y á eso nos conducirá la plaga de objeciones y calumnias contra la Iglesia, decía el sabio Martinet en su Filosofia del credo católico; porque en vez de la indiferencia, que mata, vendrà la discusión, que dilucida el error de la verdad. Dicen que la Iglesia medra con la ignorancia: no es verdad; el que medra es el anticlericalismo, pues así perpetúanse las calumnias y mentiras, que quedarían en descubierto con una amplia ilustración. ¿Porqué han ideado el sistema de enseñanza sin religión? Porque con un sistema de ignorancia religiosa medra la incre-

Nuestros dogmas no son prisiones; son ámplias y hermosas vías á donde vienen á terminar, en fin de cuentas, para quien sabe orientarse, todos los senderos del pensamiento humano; ya que el cristianismo, en la acepción que debe siempre tener de *verdad integral*, abarca las verdades naturales y las verdades de la fe.

Y no nos aflijamos por la suerte del mundo contemporáneo, pues como recuerda Guizot: «en esta terrible confusión, el cristianismo no solo proclama el bien y condena el mal en principio, sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca en la lucha.» ¿Cómo, pues, no hemos de ser optimistas respecto al porvenir y triunfo de la civilización cristiana, á pesar de tantos prejuicios y aberraciones de nuestros contemporáneos!

*
* *

Más aún que las ideas, es necesario amar á los hombres de su tiempo. No hay injuria, ni injusticia que nos dis-

dulidad, consiguiendo que los jóvenes formados en la ignorancia de la religión sean incapaces de superar los sofismas y calumnias contra la religión.

Por lo demás es ya grande el número de conversiones que se verifican continuamente en los espíritus extraviados, pero sinceros. De nadie debemos desesperar, y á todos debemos amar; y mas que á todos á los mas extraviados.

pense del deber de amar, de la caridad. *Diligite inimicos vestros; benefacite his qui oderunt vos* (1). Se han querido establecer distinciones entre las diferentes maneras de amar; pero Jesucristo no hace ninguna, pues dice simplemente: *diligite*: *amad.*

Mas, si no hay que distinguir respecto al cumplimiento del precepto de amarlos, hay que distinguir entre esos enemigos los que son simples *adversarios*, porque militan en filas distintas, los liberales que respetan la libertad para todos; y esos otros enemigos, de que habla el Evangelio, que *nos persiguen y calumnian mintiendo*, el liberalismo jacobino y anticlerical, que debemos además soportar con paciencia; pero á todos debemos amar, porque son nuestros prójimos y rogar á Dios por ellos; pues siempre será verdad: *diligite inimicos vestros.*

El célebre publicista francés E. Lamy ha propuesto esta fórmula de alta y serena imparcialidad: «Hay que juzgar á cada uno de los partidos segun su ley.» Hagámoslo así; puesto que esta fórmula se aplica evidentemente, no á la justicia absoluta, sino á la justicia debida á cada uno, según las circunstancias de la conciencia individual.

1—Matt. Y. 43.

Es en este punto de vista donde el apologista católico debe colocarse, no para las direcciones que da al movimiento social, sino para los juicios que hace sobre los hombres que en él intervienen.

Cuando dirijimos, debemos, en cuanto es posible, acercarnos á la ley perfecta, tal como nos es manifestada por el Evangelio y explicada por la Iglesia, aunque siempre sin olvidar la ley del amor y caridad.

Pero cuando juzgamos, no los actos á realizarse, sino los hechos; no las cosas, sino los hombres y los partidos; no los resultados sino las responsabilidades; no para la historia solamente, sino ante Dios y para la eternidad, entonces es la intención la que debe juzgarse; es necesario juzgar á cada uno según la ley que él se ha hecho, según el ideal que ha perseguido, segun el bien y el deber que él ha concebido. (1)

Si; hay mucho que disculpar en esas innumerables víctimas de las opiniones erróneas inoculadas con la propaganda antireligiosa de todos los tonos, calumniando de todas maneras á la Iglesia, á sus sacerdotes y religiosos. ¿Cómo el vulgo anticlerical no ha de formarse una

1—Non solum qui operafur cum conscientia erronea non peccat, sed probabilius acquirit meritum. [San Alfonso de Ligorio, siguiendo á Santo Tomás]. «El que obra con conciencia errónea no solo no peca, sino que con más probabilidad adquiere mérito.»

idea errónea del catolicismo ante semejante propaganda? Tengámosle mas bien que adversión, compasión sincera y gran caridad.

Y ¿no declara el Salvador, respecto de nuestros enemigos, que hasta llegarán á creer que hacen una cosa grata al Señor persiguiéndonos?

Y este punto de vista es infinitamente consolador; deja ciertamente subsistir muchos males; pero permite tributar estimación y amor á esta pobre humanidad, que tanta ignorancia ciega, que tantos errores estravían, que tantas pasiones atormentan; pero que conserva, hasta en su decadencia, la preocupación, la necesidad, la pasión superior de la perfección y de la justicia.

Ante esta luz, los peores errores se nos aparecen á las veces como sublimes tanteos y heróicas equivocaciones; y los hombres que calificamos de monstruos, segun la escala corriente de los valores, se transfijuran á nuestros ojos, y llegan, á veces, hasta forzar nuestra admiración. Así ¿quien negará, por ejemplo, que los errores de Fenelón, y aún los de Tolstoï, son errores generosos, y bajo cierto aspecto, sublimes? El sacerdote, sobre todo, jamás debe perder la serenidad y la dulzura; y su misma vocación lo inclina naturalmente á amar á sus contemporáneos con un amor

tranquilo y conquistador, como el del buen Pastor, á fin de no merecer el reproche de Jesucristo: *no sabéis de qué espíritu sois.* (1)

*
* *

En fin, es necesario amar las cosas de su tiempo, y por estas entendemos las instituciones y las obras.

Pero ¿acaso vamos para esto, por una complacencia culpable, á abandonar y desconocer los derechos de la Iglesia? De ningun modo.

Los derechos absolutos de la Iglesia son de existir, de enseñar, de salvar las almas y de santificar á los pueblos. Si no es posible reivindicar las ventajas de que ha gozado en tiempos desaparecidos, veamos las condiciones especiales que nuestro tiempo le ha hecho; los nuevos derechos que, por la fuerza de las

1 —En efecto se olvida con frecuencia este pasaje de la Escritura [Lucas IX. 55. etc.] No habiendo querido recibir á Jesucristo los samaritanos «Santiago y Juan, sus discípulos, dijeron: Señor ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? Mas él, volviéndose hácia ellos, los riñó, diciendo: *No sabéis de qué espíritus sois.* El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas».

El comentario de Scio es muy hermoso. Los apóstoles querían castigar á los samaritanos movidos por espíritu de venganza, y por esto el Señor los reprende severamente, como de una falta que era opuesta á la doctrina y á la mansedumbre evangélica, que manda amar á los enemigos. San Jerónimo les dice también *que no sabían de qué espíritu eran animados.* Como si les dijera: aún no acabais de entender el espíritu del Evangelio, que es todo de bondad, de dulzura y de caridad, de aquel espíritu que me ha hecho venir á mí al mundo, no para juzgarle sino para salvarle.»

cosas, le confiere, y quizás encontraremos, ante Dios, á la luz sagrada, no de los intereses y prejuicios, sino de la conciencia, que de hecho esta forma vale lo que las otras.

Desearíamos, como el que mas, que la Iglesia conservase para bien de la sociedad todos los derechos y privilegios de su glorioso pasado; pero lo que deseamos aún mas es que se prepare con ardor y clarovidencia la situación que el porvenir le reserva. La autonomia individual, la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta, la de reunión y de asociación, son principios de la democracia moderna, principios consagrados en el derecho público de la época contemporánea. Y bien; ¿no valdrán para la Iglesia, lealmente aplicados, tanto quizás como la protección oficial de otrora, convertida en la despótica servidumbre del regalismo en el antiguo régimen?

Por lo demás, todos saben cómo prospera la Iglesia en la gran República de Norte-América, no teniendo mas amparo que la libertad comun sinceramente respetada y practicada: allí no existe por lo menos ni jacobinismo ni anticlericalismo, sino leal libertad para todos, que, hoy por hoy, quizás seria el ideal del liberalismo.

No es, pues, desconocer el derecho teó-

rico, porque no lo confundamos con las formas que la vida religiosa ha tenido otras veces, y que, á favor de los siglos pasados, aparecen más hermosas quizás de lo que fueron realmente. Ah! ese patronato, ó protectorado de los soberanos católicos, cristianísimos, apostólicos y fidelisimos del antiguo régimen, ¡cuánta intromisión, abusos y esclavitud no representó para la Iglesia!

La verdad práctica consiste en estudiar á fondo cada época, y en sacar para la Iglesia, por una adaptación conveniente, las condiciones más favorables para el cumplimiento de su misión y el ejercicio de sus derechos esenciales, que hoy más que nunca, en nombre de la libertad y de la justicia, debemos reclamar.

En fin, á propósito de las obras de este tiempo, es evidente que para muchas almas existen hoy dia medios particulares de hacer el bien que no parecen derivar de la Iglesia. Pulula en todas partes un gran número de obras que tienen por objeto, ya sea defender, ya fomentar el bienestar y beneficencia públicas, desarrollar la ciencia y el buen gusto en las clases populares, proteger á los débiles y á los pequeños, reivindicar derechos individuales ó sociales que la codificación desconoce aún; obras, en fin, cuyo objeto es esencialmente laudable, cuyos

medios no son á veces del todo puros, y que, en todo caso, no nacen directamente del cristianismo, y á las veces, hasta parecen destinadas á suplantarlo. ¿Es necesario favorecer también y aprobar este movimiento?

Desde luego, ¿cómo oponernos á que germine el bien á nuestro lado, aún sobre un terreno que no hemos cultivado? ¿Sabemos acaso hasta donde llegan los pasos del sembrador divino? Nada hay que temer, con tal que sepamos mantener la integridad de nuestras creencias y de nuestra moral, de las iniciativas generosas, aunque fuesen invasoras, é imperfectas bajo ciertos aspectos, que se manifiestan por todas partes. El error consistiría en imponer á la acción de la Iglesia fronteras demasiado estrechas; ya que á ella toca asimilarse y santificar todo lo que en el alma humana y en la sociedad es susceptible de serlo. A ella corresponde la conquista del mundo y explorar todo el departamento de lo divino.

Además, bien sabemos que el espíritu de la Iglesia se extiende mucho más allá de su cuerpo visible; ese movimiento religioso y moral que no es, ó que no parece ser cristiano, tiende á serlo, quiérase ó no. ¿Sabe el sol á dónde va, ni sabemos nosotros hácia dónde nos lleva? A Dios, sin duda alguna. Sigamos, pues, el sol, para que nos lleve á Dios!

Pero hay otra obra, evidentemente buena, por más que con frecuencia se la quiera apoyar en teorías anticristianas y ateas: la reforma social. El pobre obrero, por más que trabaje, su salario no alcanza más que para vivir á duras penas. Si no tiene un pequeño patrimonio, llegado á los 60 años ¿tendrá con qué vivir él y su familia? Difícil será. Pero la sociedad que existe con semejantes instituciones ¿es perfectamente justa? Nó. ¿Corresponde perfectamente á las vistas de Cristo? Tampoco. De donde resulta que, en vez de espantarnos del socialismo, debemos orientarlo. estudiando las cuestiones sociales con empeño, y resolviéndolas con justicia; así como no debemos ver socialismo donde no lo hay. El porvenir es de las sociedades y de las doctrinas que aseguren á las masas el pan más abundante y menos caro, la habitación menos cara y más asoleada, el vestido mejor y menos caro, la instrucción más fecunda y menos cara. En fin, piedad y justicia para el cuerpo del pueblo y para el alma del pueblo; y no temamos cooperar á todas las iniciativas sociales que tiendan á este fin.

¿No es acaso una iniquidad, que no podríamos sufrir, ver que en ciertas fábricas y establecimientos los animales

de trabajo son mejor tratados que los obreros?

Existen, en fin, muchas otras obras, y seríamos inagotables si fuésemos á enumerarlas; al menos queremos resumir nuestro pensamiento, y será por medio de un simil.

Habréis oido hablar del arrojo y valentía con que los Indianos de las altas mesetas de Far-West lanzan sobre sus rios inmensos la frágil piragua. Estos rios son las únicas vías del país: las aguas corren entre sus bordes escarpados, á las veces torrentosas en las gargantas estrechas; más, es tal la habilidad y destreza de la mano del piloto, que el esquife se desliza ligero sobre los abismos, y el viajero, que se ha confiado á la vez á la corriente y al piloto, conserva de esta travesia vertiginosa y espantable un recuerdo de indecible placer por el peligro superado.

Ese rio representa asaz bien la marcha de este mundo con sus alternativas de tranquilidad y de inquietudes, la magestad de sus progresos, y á veces, sus irresistibles arrebatos.

Ciertos católicos, en esos momentos críticos, se asemejan á los turistas que, temblorosos, quisieran á fuerza de remo, remontar la corriente y huir del abismo amenazante... No debemos imitarlos, porque todo el vigor de sus bra-

zos no bastaria á compensar la velocidad de la corriente; el mundo marcha y los arrastra. Pero no temamos; la barca de Pedro puede confiarse sin temor á las grandes corrientes, en cuyos torbellinos la mano de Dios interviene, como hace diecinueve siglos, para vencer su furia y llevar á buen término la barca. No rememos contra la corriente, porque quizás seria remar contra el mismo Dios: retardariamos inútilmente la marcha del navío, y paralizariamos la mano que lo conduce: llegariamos en retardo, mohinos y sin aliento... Pero tenemos un buen piloto, bogador de siglos, y no temamos abandonarnos á su sabiduria y destreza, superiores á las del Indiano, porque procede de lo alto. Como por sobre la cima de las olas, dejémonos llevar con una confianza llena de amor á la cumbre de la civilización, ideal eterno del cristianismo, en donde debemos siempre ser los primeros, y en la hora del peligro mas que nunca.

V

En fin, para ser de nuestro tiempo es necesario que seamos verdaderos *demócratas* y también sinceros *liberales*.

Desde luego, la forma democrática del gobierno por el pueblo y para el pueblo es la última consecuencia del Evangelio, al decir de Chateaubriand;

y esta es una conquista definitiva de la política cristiana contemporánea; y en nuestro país está aceptada por todos, sin excepción, la república democrática.

Más, parece ser paradógico afirmar que los católicos debemos ser sinceros liberales; y sin embargo no lo es, porque una cosa es la tésis y otra la hipótesis. En tésis científica y religiosa la verdad no es más que una; débese, pues, tender á la universalidad del imperio de la verdad religiosa y científica en el mundo; pero en hipótesis, esto es, dada la diversidad de opiniones, y dado que la verdad no puede imponerse, sino por la persuación, es necesario apelar á la libertad para todos, y no imitar al jacobinismo, que pretende negar la libertad de los demás para garantir la suya; y si proclama la libertad de conciencia es para destruir la religión con el ateismo.

Como esta cuestión está en Francia á la órden del día, ha debido ser tratada allí de preferencia, y en efecto así lo ha hecho el diario católico *L'Univers* en distintas ocasiones y especialmente en un artículo del mes de Setiembre de 1904 que traduciremos casi integramente. (1)

1—Una cuestión semejante dilucidó nuestro diario católico *El Bien* al tratarse de la formación de un partido anticlerical con el título y pretenciones de *liberal;* decía así:

« Ya días pasados un órgano del partido colorado salió deducíendo tercería de prelación contra el nuevo partido liberal, y afirmando que en este país no hay ni ha habido más partido liberal que el partido colorado, pues siempre ha llevado ese nombre.

El hecho es cierto, indudablemente; pero ese nombre *liberal* del partido colorado ha tenido siempre, ó mucho nos equivocamos, un significado distinto del que se quiere atribuir al partido recién nacido. Este parece ser un partido adverso á los principios católicos (anticlerical), y es bien notorio que en el partido colorado han militado y militan, como elementos dirigentes de primer orden, personalidades católicas que, si bien se consideran amigas de la libertad, no por eso profesan el liberalismo filosófico que condena la Iglesia, y que no hay que confundir en manera alguna con los principios democráticos y de libertad política, que los católicos de este país hemos sido y somos los primeros en proclamar y defender con tesón inquebrantable. »

1—Y esta fué la política de la Iglesia al subir al trono con el emperador Constantino. A pesar de ser los católicos la inmensa mayoría pues al decir de Tertuliano, quedaría desierto el imperio, si se retirasen los católicos; sin embargo se publicó el edicto de tolerancia, por respeto á la minoría de los paganos, por más que se haya seguido distinta política en las épocas en que era unánime la profesión del catolicismo. Por lo demás, el cardenal Manning declaraba que el día en que los católicos llegasen á ser mayoría en Inglaterra, la Iglesia no pediría contra los protestantes la supresión de la libertad de cultos.

En efecto, comienza declarando que sostener á los liberales en *L'Univers* parece ser asaz escabroso. Pero las palabras pueden cambiar de sentido, añade; y por liberales se entiende hoy día, las personas honestas que quieren la libertad para todos, comprendiendo la Iglesia y los católicos. Y en esto nada hay de común con los doctrinarios del *catolicismo liberal* que ha sido condenado, en cuanto se defiende como tésis y no como hipótesis, que es el sentido en que hablamos, admitiendo la tolerancia para todos, sin renunciar á la convicción de la verdad de nuestro credo religioso. (1)

No hay duda, continúa diciendo, que

el mismo Luis Veuillot escribiría á la hora presente hermosos artículos para unir contra los jacobinos, perseguidores y falsos liberales, á todos los hombres de buena voluntad que, cualquiera que sea su estado de alma bajo el punto de vista religioso, llevan aún en el corazón el amor de la libertad.

No somos teólogos; pero hemos leido con interés excelentes páginas, que queremos hacer conocer á los lectores de *L'Univers*, en una publicación periódica de alto valor, que se dirije particularmente al clero: (*El Amigo del Clero*, 21 de Julio de 1904). En él se hace justicia á ciertas preocupaciones que asedian todavía á muchos cerebros entre los católicos, relativas á las condenaciones que recayeron, hace casi medio siglo, sobre las doctrinas liberales, en las que se desplegó más buena voluntad y ardor que ciencia y mesura. Síguese de estas condenaciones para cierto número de espíritus asaz exclusivos, que un católico no puede llamarse hoy día liberal, ni dar su mano á los liberales sinceros para la defensa de nuestras libertades; sino que debe mantenerse en las alturas del dogma, y ocuparse exclusivamente de ejecutar en el terreno doctrinal á todos los que no piensan como él en el asunto de las relaciones de la sociedad civil con la

revelación y la Iglesia, y de los justos límites que se imponen al uso de la libertad á la luz de lo sobrenatural.

«Las cuestiones religiosas, escribe el sabio teólogo del *Amigo del Clero*, son de orden secundario. Entendamos bien esto: son secundarias, no bajo el punto de vista de su importancia relativa, lo que es muy claro; sino secundarias, si así puede decirse, bajo el punto de vista cronológico y filosófico, en el sentido de que la gracia se juxtapone á la naturaleza, y que la superposición del orden social positivo y sobrenatural de la sociedad cristiana se convertiría en una quimera el día en que faltase la materia fundamental de esta superposición, esto es, el orden natural de la sociedad civil, congruamente subsistente y organizada segun los principios primordiales de la ley y del buen sentido naturales.»

En verdad, no se podria expresar mejor esta doctrina; «pero notad, continua el teólogo, que la libertad de los padres de familia en cuanto á la educación de sus hijos, la libertad de enseñanza, la libertad de conciencia interna y externa, la libertad de cultos, la libertad que comportan todos los demas derechos esenciales de los ciudadanos y de las familias (derecho electoral, derecho de propiedad, derecho de justicia, etc.) son libertades naturales en si mismas, rei-

vindicables á título filosófico natural antes de serlo, en lo que concierne á la Iglesia, á título sobrenatural.»

Jesucristo vino, sin duda, para sobrenaturalizar todas las cosas. Bajo la acción de la gracia, la misma sociedad civil está llamada á ser divinamente elevada; es un bello ideal que debemos perseguir. Pero antes es preciso pensar en el terreno de la ley natural y del buen sentido, para salvaguardar los fundamentos naturales del Estado civil. ¿Cómo podriamos embellecer una casa si permitimos que el fuego la devore? El autor añade, en efecto, con mucha razón, que cualesquiera que sean las reglas que han de intervenir en las relaciones de la naturaleza con la gracia, es el principio fundamental natural de todas estas libertades lo que se halla en juego. «Es sobre el terreno violado de las libertades fundamentales del ser humano que, creyentes y no-creyentes, liberales y católicos, todos deben darse la mano para marchar de acuerdo contra el enemigo común, que los amenaza á todos á la vez, contra la anarquía tiránica del despotismo que está en vias de estrangular todas las libertades, menos la suya, la del anticlericalismo». (1)

1—¿Podemos jurar los católicos las constituciones liberales? preguntaba Monseñor Bougaud. Sí, respondía: puedo jurar la constitución que declara la libertad de cultos, en cuanto que la verdad y la religión no pueden imponerse por la ley; pero eso

En suma, la lucha actual se libra en el terreno de la ley natural y del buen sentido, siendo la causa común á todos los hombres de buena voluntad, proponiéndose constituirse civilmente por los principios racionales; y en este terreno nadie se encuentra en su propia casa como el católico. Nadie como el Concilio Vaticano ha ennoblecido á la razón y vengádola contra los abusos que de ella se hace, subyugándola á las pasiones y apetitos desordenados.

Apelemos, pues, á todos los hombres que se irritan contra semejantes abusos en cualquier terreno que se encuentren. Se abofetea la razón y se la ultraja indígnamente hollando á los pies en su nombre, la libertad, la igualdad y la fraternidad; grandes palabras que han sido robadas al Evangelio por la filosofía exceptica y sofistica del siglo XVIII. Seamos pues, leales demócratas y tambien sinceros liberales: con el Evangelio en la mano, aparecerémos á los ojos de todos, amigos sinceros de la libertad y sus auxiliares poderosos; asi la Iglesia brillará mas que nunca por encima de los pueblos con un esplendor, que las

no implica que no deba continuar creyendo que el catolicismo es la única religión verdadera; ya que la libertad constitucional de cultos me obliga á la tolerancia de las ajenas creencias, pero nó á abandonar las propias, que sería apostasía. Esto es el liberalismo político; pero, ¡qué contradicción la del anticlericalismo! Proclama como principio la libertad de conciencia y de cultos, y sin embargo ataca la libertad de la Iglesia católica.

malhadadas disputas de escuela ya no podrán oscurecer.»

Y es el caso de recordar que si el siglo es progresista y liberal, la Iglesia lo es mas, pero de la verdadera manera.

***

Por eso contra el anticlericalismo, que quiere pasar por liberal, se ha constituído en Francia la «Acción Liberal», cuyo presidente es el eminente católico Piou, y de la que forman parte católicos y no-creyentes, con este programa: la libertad para todo. Y en verdad, un programa sinceramente liberal debe basarse en el lema democrático cristiano: «libertad, igualdad, fraternidad» y en el respecto de los derechos del hombre y del ciudadano»; mientras el anticlericalismo nada de esto admite para los demás. No existe libertad ni derecho, sino para sus adeptos, y como ellos lo entienden; pretendiendo imponer en las leyes comunes sus propias ideas y opiniones, como si las de los demás ciudadanos no mereciesen ser respetadas por las mismas leyes. (1)

1—Honran al general Pando estas palabras vertidas, en ocasión solemne, ante el congreso boliviano:

« Poco tengo que deciros respecto del ramo del Culto. Elevado á la primera magistratura por la voluntad de un pueblo en su gran mayoría católico, para cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes he creído de mi deber respetar todo lo que corresponde al dominio privado de la conciencia, donde

Y en verdad; entre nosotros, como en Francia y como en todas partes, el anticlericalismo ha suplantado al liberalismo, hasta tal punto que constituye, al decir del socialista Millerand, *la más abyecta de las dominaciones*. Y aunque continúe titulándose falsamente partido *liberal*, no es el verdadero liberalismo, que proclama el respeto sincero de la libertad para todos; sino que es más bien la vergüenza del liberalismo, como declaraba el liberal Leroy-Beaulieu. Mas aún; el anticlericalismo procura disfrazar con la palabra *liberal* la negación religiosa; pues lo que se propone es desterrar y abolir, si pudiera, la religión en las sociedades, que es lo que él llama *clericalismo*, ya que, fingiendo atacar la pretendida ingerencia política y social del clero, lo que él procura en realidad es atacar toda religión, y en especial la cristiana, procla-

no llega la acción de los depositarios de la justicia humana; además, penetrado de mi primordial obligación de mantener el orden y la paz, he evitado cuidadosamente, en mis actos, alarmar la conciencia de la gente que tiene fé, para proporcionarle al menos la paz de las almas, de que más necesita el sexo débil que no batalla con nosotros, y la *infancia cuyo corazón debe nutrirse de sentimientos religiosos*, para adquirir la educación moral que forman las sociedades viriles y respetuosas á la ley.

Bajo este concepto de mi obligación, he estimulado á los institutos de enseñanza dirigidos por religiosos...

Al proceder de este modo, he creído interpretar la buena doctrina liberal, cuyo fondo es de tolerancia y de justicia para todo lo que es bueno y útil, y cuyos medios de acción deben ser el razonamiento, la discusión tranquila y de buena lógica, más nunca el ataque en forma de acto de gobierno ó de resolución legislativa»; como hace el anticlericalismo acobino.

mando la laicización integral, el ateismo absoluto, según las teorías materialistas del positivismo contemporáneo.

El anticlericalismo jacobino trata de alarmar á los pueblos y á los gobiernos con lo que llama *clericalismo*, ó pretendido *peligro clerical*, delatando la supuesta intromisión del *Clero*, ó de la Iglesia, en el orden político y civil, pero es una burda calumnia: nadie ha proclamado más alto, ni practicado mejor el lema político-religioso de Cristo: «Dad al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios.» El jacobinismo es quien quiere dar al Cesar, ó al Estado, lo que es de Dios, entrometiéndose en los asuntos de la religión y de la Iglesia, y persiguiéndola en las leyes, en la enseñanza y en el hogar.

El pecado, ó defecto capital de la revolución francesa fué el ser intolerante y cruelmente irreligiosa, al decir de Royer-Collard, defecto que los mas grandes publicistas y estadistas reprobaron y procuraron conjurar con loable esfuerzo por una política de liberalidad y tolerancia.

Pero hé aquí que el anticlericalismo ha venido á representar la regresión á ese espíritu intransigente y feroz, espíritu retrógado, que ha retardado la gran conciliación y armonía de los espíritus, en la sana y sincera organización

de las libertades públicas. «Bien pronto, dice Texeira Mendes, el ejemplo, que desgraciadamente está ofreciendo el gobierno jacobino de Francia en estos momentos, ha encontrado eco en nuestros importadores de todas las aberraciones ultramarinas», en esos perseguidores instintivos y fanáticos, acaparadores de las ideas y sentimientos agenos, con tal que sean antireligiosos; que sacan la cabeza en cuanto creen llegado el momento de poder imitar á los clerófobos de otras partes, apoyados en un accidental predominio político, que les ofrezca probabilidades de contar, no ya con el pueblo, sino con su prepotencia momentánea. Un país católico está perpetuamente amenazado por esos importadores de aberraciones jacobinas, porque todos los momentos son buenos para ellos; todas las coyunturas son aprovechables. Todas las sorpresas son lícitas para atacar la libertad religiosa por esos falsos pregoneros de la libertad de conciencia, que con su audaz semiciencia incrédula no hacen mas que acelerar la disolución revolucionaria del despotismo pedantocrático, como dice el autor citado. Esta es desgraciadamente la obra del anticlericalismo, que en todas partes se disfraza con careta *liberal*, no entendiendo por liberalismo sino la negación atea y la persecución religiosa.

Y para que no haya ningún género de duda, el célebre anticlerical Brisson, ex-presidente de la actual Cámara francesa, ha defendido sin ambajes el ateismo general y oficial: «El Estado sin Dios, la municipalidad sin Dios, la escuela sin Dios, como también la ciencia y la moral sin Dios... *la nación, las familias, los individuos separados y distanciados de la Iglesia*, este es el ideal del gobierno laico.»

«Para destruir á la Iglesia y al catolicismo, decía Proudhóme, hay que arrancar la idea de Dios de la inteligencia y del corazón del hombre;» hé aquí lo que hoy se propone el anticlericalismo. Mas «es un vano intento, al decir del mismo Proudhóme, porque para esto habría que arrancar el corazón á la humanidad y anular su inteligencia»; aunque mientras tanto, logren perturbar y alarmar á los pueblos.

Y aunque oigamos al anticlericalismo proclamar la libertad de cultos y de conciencia, es para engañar á los incautos; lo que desea es la destrucción de todo culto y de toda religión. Así, el diputado Aulard decía, ante la Asamblea jacobina de París: «Dejémonos de equívocos; lo que nosotros queremos es destruir la religiòn. Pero queremos destruirla en las almas pacíficamente, por la persuación, la instrucción pública,

la libertad de cultos y la libertad de conciencia». ¿Puede aún dudarse de que la *laicización integral* del anticlericalismo es el ateismo absoluto por un naturalismo positivista?

Momentáneamente impera en la noble Francia; pero tan abyecta dominación no puede durar ni prolongarse. Ni en las épocas más florecientes de la ciencia y del arte, ni en las civilizaciones espléndidas de Grecia y Roma hubo modo de prescindir de *la religión*, ni de compensarla con otras instituciones laicas, á pesar de que entónces los filósofos ateos y epicureos expusieron ya las doctrinas, que ahora nos dan como nuevas los anticlericales. Por grandes que sean nuestros adelantos y por á prisa que marchemos en el camino de las reformas sociales y de las conquistas científicas, la personalidad moral del hombre, sus aspiraciónes de ultra-tumba, su espíritu inmortal, su conciencia, su vida llena de dolores y su muerte llena de misterios, siempre son y serán los mismos. El anticlericalismo, en el fondo de su labor, pretende compensar con el laicismo absoluto los bienes que la fé y la religión produce entre los hombres; pero no lo ha conseguido hasta hoy, y no lo conseguirá nunca, porque esos bienes pueden ser abandonados ó menospreciados

por la ligereza de las costumbres, por el trastorno de las ideas, por la indiferencia del corazón; pero compensados ¡nunca, jamás!

*
* *

Lo que vendrá es la compensación de tales aberraciones por un perfeccionamiento más completo en el orden moral, religioso y social: el progreso es el ideal de la humanidad bajo la dirección providencial de sus destinos.

¿Cómo y cuando se verificará esta gran trasformación? No somos profetas; pero podemos barruntarlo.

Es evidente que las sociedades cristianas y civilizadas sufren, y con ellas la Iglesia. Dios les concede este honor, señal de una gran crisis precursora de un resurgimiento inaudito en las sociedades humanas. La Iglesia está mas unida y compacta que nunca, y llena el mundo con los signos esplenderosos de su vitalidad y energia. No son, pues, los esterores de la muerte lo que sufre la sociedad cristiana, sino los dolores del alumbramiento de un nuevo orden de cosas, en que será purificada y fecundada la civilización moderna, al pasar por una nueva etapa de las transformaciones progresivas del cristianismo,

como ha sucedido en todas las grandes épocas.

Hoy día la grande esperanza está caracterizada por lo que llamamos la evolución social: la gran cuestión social, que llena al mundo y llama la atención de todos los pensadores. Esta sociedad, tan enferma y conmovida, debe tener su crisis definitiva: lo violento no puede ser duradero.

Y ¿sabeis cual es el instrumento providencial para acabar con este orden de cosas insoportable? El socialismo anárquico. Sí; él acabará con este orden caótico, engendro del ateismo y del positivismo excéptico, como Atila y Geuserico vinieron á acabar con la corrupción romana. La sociedad y la Iglesia sufrirán; pero no pueden ser destruídas, como no lo fueron en la época de la invasión de los bárbaros. La Iglesia volverá á salvar á la sociedad en este nuevo orden de cosas, que ya se vislumbra en lontananza, como lo indicaba León XIII en su inmortal Enciclica *Præclara*

Escuchad: un día, allá en la ciudad de Hipona, al ruido colosal de la invasión de los bárbaros, todo el pueblo tembló de espanto, y se agolpó al rededor de Agustin, su Obispo, diciéndole aterrado: *Esto es el fin del mundo.* «Nó, respondió el gran prelado, que veia

más lejos en los designios de Dios; tened valor: *es el principio de un nuevo mundo.*»

Hé aquí lo que debemos pensar de la crisis colosal, cuyo ruido ya estamos oyendo: á la guerra religiosa se unirá la guerra social; pero el mundo se encontrará de nuevo con su eterno Mecenas, la Iglesia católica; porque ella jamás sucumbe, ni en las más grandes crísis sociales. Es Jesucristo quién lo ha dicho, y su promesa, además de divina, tiene veinte siglos como garantía de su eterno cumplimiento: «*Portæ inferi non prævalebunt. Ego vobiscum sum omnibus diebus.* Las potestades del averno no prevalecerán contra mi Iglesia; pues siempre estaré con ella.»

Pero al terminar la presente Pastoral, amados católicos, nos es grato anunciaros, con el fin de encomendarnos á vuestras oraciones, que próximamente partiremos para Roma con el objeto de conocer y presentar nuestros homenages al nuevo Papa, y cumplir con el deber canónico de la visita *ad limina Apostolorum*; al mismo tiempo pasaremos hasta Tierra Santa para tomar las últimas disposiciones y visitar el Santuario *Hortus Conclusus*, allí erigido para propiciación perenne de nuestra República y también para honor sagrado de la patria; pues tenemos la cristiana

gloria de que suene su nombre al lado del de la mayor parte de las naciones civilizadas, que se glorian de poseer allí algún monumento sagrado.

Dada el 19 de Febrero, Dominica de Septuagésima, del año del Señor 1905.

† MARIANO,

Arzobispo de Montevideo.